

condiciona la investigación y el conocimiento producido. Para Jankowski y Wester (1993: 73), ese interesarse por el participante constituye un instrumento de objetivación del conocimiento producido, puesto que conocer su postura social y política, su relación más o menos directa con el campo de investigación, ilumina algunos aspectos de las elecciones realizadas en procedimientos, descripciones e interpretaciones. Siguiendo a Clifford, la renuncia a una visión panorámica sobre el campo de investigación a favor de una lectura desde dentro del proceso requiere especificar quién lee y desde qué posición de conocimiento o poder se acerca a los hechos (en Morley y Silverstone, 1993: 196), pero también asumir la implicación del investigador en las interpretaciones y, por tanto, el carácter intencionado, no neutral, de estas (en Grandi, 1995: 252). Igual que la historia supone una obra de construcción y representación de unos hechos que, sin las teorías o los conceptos, apenas significarían, la investigación supone la creación de un discurso que persigue explicar, al menos, algunos aspectos de una determinada realidad desde la subjetividad y la identidad socializada del investigador. Como señalan Mulhall y Swift (1996: 183), los significados naturales no existen, sino que se producen a través de un proceso de concepción y creación que es "siempre y necesariamente social"; y, a la manera apuntada por Barker y Beezer (1994: 18), en esa producción social del conocimiento las relaciones de poder del acontecer investigado dejan paso a las que hacen posible y condicionan el propio proceso de conocimiento.

Cuando se inició este acontecer social, el interpretante ejercía como Director de Comunicación del Gobierno de Aragón, por lo que tuvo un conocimiento parcial de lo que sucedió, pero al mismo tiempo se situó cerca del centro institucional que impulsó y guió esta movilización. Gracias a esa posición tuvo acceso a información que, como en los casos de la relación que el Gobierno de Aragón mantuvo como cliente publicitario con los medios informativos o en la petición expresa de apoyo que el Presidente de la Comunidad Autónoma realizó a los directores de esos mismos medios, explica algunas de las estrategias y dispositivos a partir de los cuales se construyó la reivindicación, la identidad aragonesa y el pulso político a lo estatal centralizado. Si Newcomb (1993) avisa de los peligros derivados de que el observante tenga un conocimiento periférico del campo objeto de estudio, esta posición institucional del interpretante asegura un conocimiento suficiente de los hechos nucleares, de forma especial de aquellos que no fueron públicos, pero que tuvieron como protagonista al Gobierno de Aragón o a otros actores sociales que entraron en relación con aquel a partir de algún tipo de relación institucional. Esa perspectiva permitió conocer la importancia que Heraldo dio al convenio televisivo (1) e, incluso, las motivaciones económicas y de poder social (2) que llevaron a esta empresa a convertir en una cruzada periodística su relato sobre el acuerdo televisivo. Pero, al mismo tiempo, esa pertenencia laboral a una de las partes que protagonizó los dos

conflictos, el autonómico y el televisivo, llena de espesor la socialidad del observador, porque puede sesgar las interpretaciones por motivaciones ideológicas o, simplemente, porque la desigualdad en el conocimiento de los hechos ayuda a comprender la causalidad de unos discursos y conductas mientras puede hacer ininteligibles los demás.

El Observante admite la posibilidad de que ese límite de la subjetividad haya derivado en una valoración mítica de quienes personificaron la centralización de lo estatal (4.2.1) o en la calificación de esta movilización identitaria como proyecto de construcción nacional (4.1.2.3). Sin embargo, tal como sugiere Kristeva (1978) para huir del monologismo, en ese tipo de inferencias el participante se ha apoyado también en la autonomía del punto de vista de los observadores y, por tanto, ha atendido a la forma en que los sujetos vivieron ese acontecer (3). De ahí que en determinados momentos esta investigación quede lejos de la explicación totalizante, en la que todo cuadra y tiene sentido; más bien asume un cierto fragmentarismo y silencios e, incluso, contradicciones, a la manera señalada por Perceval (1996). El conflicto por el poder que libraron algunos actores de la sociedad aragonesa se explicitó de forma sobrada en los discursos y en las conductas; también se multiplicaron los indicios de que unos y otros se apoyaron en lo comunitario para ocultar de manera retórica e ideológica sus intereses; incluso algunas inferencias permiten concluir las causalidades que favorecieron la colaboración entre la oposición parlamentaria y algunas empresas informativas aragonesas. Pero, la complejidad de ese proceso deja en blanco algunas páginas de esa escritura (4) que aclararían los límites de esa puesta en juego del poder social o de la subordinación de los partidos políticos aragoneses a los medios informativos aragoneses. La privacidad de lo público se revela en ese tipo de situación un obstáculo epistemológico ni siquiera superable por la vía de contrastar informaciones con otras fuentes.

En línea con el discurso comunitarista Walzer critica la tendencia de una parte del pensamiento social a trascender los contextos, o lo que es lo mismo la particularidad y la diferencia cultural, mediante la primacía de la abstracción y la generalización (en Mulhall/Swift, 1996). Sus reproches a Rawls enfatizan la imposibilidad de hacer crítica social desde un punto de vista externo y universal (Ibíd., 196) y, aunque asume la relatividad de los significados sociales producidos desde un particularismo cultural e, incluso, la posibilidad de que esas interpretaciones culturales incurran en contradicciones, niega que esa perspectiva haga imposible la producción de un conocimiento fiable o hacer de esa investigación una crítica social. Esta posición dialoga con la idea expresada por Willis (1994: 214) de que el análisis cultural propicia conocimiento aplicable a la acción social; o con lo dicho por Morley y Silverstone (1993: 187) de que los observadores participantes no persiguen identificar leyes

universales, sino aprender las reglas de una determinada cultura y a interpretar los acontecimientos o las acciones de una sociedad. Ang (1997: 85) lo ha dicho con otras palabras, pero con similar visión epistemológica, cuando ha señalado la primacía de los Estudios Culturales por la relevancia estratégica de los análisis, el sentido crítico y la sensibilidad por lo concreto en perjuicio del profesionalismo teórico y la pureza metodológica. En esa lógica la verdad no aparece como objetividad cuantitativamente medible, sino, a la manera apuntada por Perceval (1996: 22), como certeza interna y dominio de la experiencia (5).

El carácter interpretativo de esta investigación da más importancia a la socialidad del observante, mediada por la vivencia de un imaginario comunitario y unas convicciones personales similares a las que compartieron quienes apoyaron la reivindicación autonomista. Así lo prueba, de hecho, la participación en las manifestaciones celebradas en Zaragoza en 1992 y 1993. La posibilidad de que la lógica de aquellas conductas se haya trasladado a este análisis abre la puerta a que el componente crítico del pensamiento producido denote, de forma explícita o enmascarada, la distancia afectiva e ideológica con lo estatal centralizado y con quienes lo personalizaron a lo largo de esta movilización. En cambio, ese sentirse parte de la comunidad sobre la que se reflexiona facilita la comprensión de las posibles reglas reguladoras de ese funcionamiento social y, por tanto, propicia el análisis de algunas conductas institucionales y colectivas que se apoyaron, de forma importante, en valores, creencias y actitudes construidas a lo largo de siglos mediante diferentes formas de vivir la comunidad. Cuando renunció a mirar este acontecer desde la montaña para aplicarle un punto de vista supuestamente objetivo y optó por meterse en la cueva de una determinada socialidad, este observador asumió una posición de análisis que, tal cual sugiere Walzer (en Mulhall y Swift, 1996: 180), primaba la interpretación de las conductas sociales de conciudadanos desde un mundo de significados compartidos. En esa actitud el pensamiento totalizante, la explicación monista, la tentación de generalizar a partir de lo concreto, han dejado paso a la producción de un texto analítico que, siguiendo a Talens (en Velázquez, 1993), ha concentrado su interés en articular una propuesta significativa con un sentido concreto para un lector concreto y en una situación concreta.

Quienes afirman la validez de las metodologías cualitativas sostienen, también, que la observación del participante no constituye una fuente suficiente de datos y que, en consecuencia, necesita ser complementada con una serie de entradas adicionales de investigación (Jensen y Jankowski, 1993). Entre otras razones porque, tal como hacen constar Morley y Silverstone (1993: 188), este tipo de análisis necesita tener en cuenta los escenarios naturales, los contextos y la socialidad, en la que se producen las conductas y los discursos. Incluso, el conocimiento producido por el observador

participante requiere también una contextualización sobre el espacio público y social en el que se ha generado (Ibíd. , 194). En sus distintas formas y posibilidades, la triangulación aparece entonces como un tipo de flexibilidad adecuado para esa complementariedad de métodos y técnicas de estudio: Como señalan Jankowski y Wester (1993: 77), permite estructuras de inferencia e implicación poniendo en relación las observaciones directas de los hechos concretos, algunos datos elaborados mediante cálculo sistemático, documentos referidos a diferentes momentos del acontecer y el apoyo conceptual procedente de la teoría y el método. Este uso de métodos múltiples admite, por tanto, una combinación de técnicas de recogida de datos, pero al mismo tiempo posibilita una lectura de esos mismos datos como muestra de la forma en que los participantes vivieron el acontecer o, en otras palabras, del significado que atribuyeron a los hechos y palabras (Ibíd., 58).

Tomando como referencia los titulares de los medios informativos o algunos de sus textos (*El contrato costará 1.700 millones y no los 1.200 que había anunciado el Gobierno*, sumario, *Heraldo*, 14.7.93: 1ª), esta documentación adquiere un sentido que va más allá de su valor informativo cuando se lee a partir de los contextos y del conocimiento que obtuvo el observante a lo largo del proceso. Ese énfasis en el gasto y en la mentira por parte del Gobierno autónomo se revela ideológico y político, en cuanto que expresa una pauta de conducta empresarial y de uso de la noticiabilidad que resultó habitual durante la polémica por el convenio televisivo. Y, si se toman como referencia las afirmaciones de Mattelart (1993, 1997, 1998) o de Schíller (1974, 1996) sobre el peso del componente empresarial en la codificación noticiera de los medios y el espesor que aporta a su lenguaje, ese texto se revela parte del entrecruce de la información con el negocio que caracteriza actualmente a la cultura de masas. Aunque no se pretende categorizar partiendo de un solo ejemplo, esta combinación de experiencia vital del participante, información procedente de un documento, significados aportados por la contextualización del dato y apoyo teórico aparece como una puerta abierta al sentido de una conducta social y de un discurso. Ese mestizaje de métodos y herramientas va más allá del conocimiento que podría aportar el cómputo estadístico del número de titulares o textos similares publicados en los medios aragoneses durante los meses que duró el conflicto del Gobierno de Aragón con algunas empresas informativas.

Los problemas que plantea el paso de lo particular a lo general constituyen uno de los obstáculos epistemológicos más reprochados a la observación participante (Jensen y Jankowski, 1993). La determinación de la subjetividad sobre el análisis de la interacción social o la comprensión de esta desde el interior de los procesos limita, de hecho, el alcance de cualquier crítica social a través del análisis de las conductas y los discursos. El esfuerzo que Williams (1992b: 209) reclama para

comprender las actuales relaciones entre las tecnologías de la comunicaciones y las instituciones sociales o sus efectos sobre la socialidad posmoderna aparece así como un objetivo de conocimiento necesariamente sometido a esas dificultades para la generalización e, incluso, para la comprensión de procesos globales. Incluso, partiendo de la forma en que Gramsci (1997) entendió la crítica social, la observación del participante favorece la reformulación de ideas que ya están en la cultura para sacar a la luz lo que ya estaba latente; en cambio, parece menos capaz de apurar las contradicciones que subyacen en la hegemonía y en lo social para producir un nuevo sistema ideológico y teórico (en Mulhall y Swift, 1996: 196). Ni siquiera las entradas adicionales de investigación que manejan habitualmente los métodos cualitativos abren la puerta a ese afán por construir modelos sobre lo social. Ayudan a resolver la crisis de representación que desde otras formas de pensamiento se ha atribuido a la epistemología cualitativa, pero a duras penas superan los peligros de construir lo real desde una posición particular (Morley y Silverstone, 1993: 195).

La *balsa* metodológica que esta investigación pone en juego, de forma especial la importancia que se concede a los procesos de contextualización histórica y cultural (6) o el uso que se hace de datos estadísticos referidos a creencias, actitudes o conductas (7), facilita esa superación de la subjetividad del participante e, incluso, ese reconocido sentido de pertenencia al mismo imaginario de quienes participaron en la movilización social objeto de estudio. Los reenvíos de este acontecer a la sociedad transnacional y a ese espacio social mediatizado ayudan a que emerja lo que el observador comparte también con ese imaginario internacionalizado y dominado por lo masivo. En esa lógica el interpretante se vive como uno más de los aragoneses que sienten como complementarias sus diferentes identidades territoriales y culturales, en concreto la universal, europea, española y aragonesa. Asumiendo lo dicho por Becker (en Jankowski y Wester, 1993: 71), no resulta factible investigar una realidad social sin contaminarse de afinidades políticas y simpatías personales, por lo que la cuestión se traslada a saber en qué lado se sitúa cada uno. En este caso, la vivencia de la globalización por parte del observador participante queda más cerca de quienes asumen su componente de modernización social y tecnológica, pero sin renunciar a diferentes discursos críticos hacia algunos de sus efectos. De forma especial, hacia esa forma de pensamiento único que mitifica la homogeneización de valores y culturas, la libertad de circulación e intercambio o la mercantilización de las ideas y los sentimientos como forma de enmascarar las nuevas relaciones de poder que se vienen estableciendo en el conjunto del mundo y en el interior de las diferentes sociedades.

Esa posición no se identifica, de forma especial, con ningún tipo de discurso crítico. Más bien se revela ecléctico, en cuanto que se alimenta de la propia experiencia personal y de un amplio

contraste cultural con diversas corrientes sociológicas, comunicacionales o filosóficas. La frecuente presencia de algunos autores, como Schíller, A. Mattelart, Martín Barbero o Morley y Curran, no reenvía sólo a su posición personal; también sugiere lo que cada uno de ellos representa y, además, marca el tipo de análisis holístico, semiótico o conductual que en ese momento se utiliza (8). Su elección tampoco puede considerarse ajena al tipo de investigación social y cultural que todos ellos representan, sobre todo en la medida que todos ellos participan de una visión del análisis cultural y de la teoría del discurso como una forma de crítica social e, incluso, como incentivación a la acción o a la emancipación social. La recomendación de Jankowski y Wester (1993: 73) para que el observador participante explicita su propia postura social y política, tanto en el ámbito público como en el académico o personal, aparece, de esa forma, especialmente necesaria para dar un valor u otro al complejo juego de inferencias, interpretaciones o relaciones entre datos y conceptos contenidos en esta investigación. Pese a la no adscripción a ningún tipo de organización política, cultural o social, el observador se siente próximo a una lectura progresista de lo social, de la misma forma que se sitúa en una posición de centro izquierda nacionalista, pero lejos de discursos excluyentes o que ligan lo nacional a la configuración de un estado.

## **6. CONCLUSIONES**

Tal como recogen los objetivos de conocimiento de esta investigación (2.3), no se ha pretendido formular teorías explicativas de la acción social o comunicativa ni construir modelos comprensivos de los discursos sociales que construyeron este acontecer o de la movilización comunitaria que se activó. La opción por una metodología cualitativa como la Observación participante, mestizada de forma notable a través de la triangulación, ha permitido un análisis interpretativo de lo social discursivo como un texto (3.1) o desde el sentido y la significación (3.2), pero también desde sus componentes culturales y políticos más ligados a la producción de identidad (4.1) y a los mecanismos de reproducción o cambio en las relaciones sociales de poder (4.2). Esas inferencias a partir del dato concreto o particular han producido una generalización que no puede equipararse con las ofrecidas por algunos métodos cuantitativos, como la teoría de grado medio de Merton, o incluso cualitativos. El uso combinado de referentes estadísticos, como sondeos de opinión o resultados electorales, con la aportación explicativa de la bibliografía seleccionada o del método abductivo limitan el salto de lo concreto a lo general, pero, en cambio, aseguran una fiabilidad suficiente del conocimiento producido porque han permitido hacer visibles algunas de las lógicas que regularon esta acción comunicativa y social.

Por tanto, estas conclusiones pretenden sintetizar los aspectos más relevantes de cada uno de los capítulos y apartados, haciendo hincapié en los rasgos epistemológicos más relevantes de cada parte de la investigación, pero enfatizando, también, las relaciones que mantienen entre sí unas y otras conclusiones: Esta investigación se ha configurado como un texto y, por ello, cada dato e inferencia o deducción forma parte solidaria de un conjunto, con independencia de su posición en la secuencia del razonamiento y del discurso. Es más el sentido de lo discursivo sólo se hace visible y adquiere valor en su relación con el espesor cultural que lo hizo posible y lo vehiculó socialmente. El componente mítico, espectacular y simbólico que dominó los discursos sociales (3.1; 3.1.2; 3.2.1)

reenvía al predominio que en la socialidad de este acontecer alcanzó el espacio público mediatizado (3.1.1; 3.2.2), pero uno y otro fueron posibles por los componentes empresariales e institucionales de los medios aragoneses e, incluso, por la naturaleza premoderna del sistema medial aragonés: El hecho de que no se hubieran dado todavía la fragmentación de audiencias y mercados explica el liderazgo, casi monopolístico, de Heraldo y el papel que este medio jugó en la producción de identidad (4.1.1; 4.1.1.3; 4.1.2) o de relaciones de poder (4.2; 4.2.1; 4.2.2).

**1. El proceso que vivió la sociedad aragonesa alrededor de la autonomía plena, los trasvases y la televisión se construyó, en gran medida, a través de los discursos, hasta el punto de que en ese espacio social se pusieron en juego las principales relaciones sociales de poder y la vivencia de la propia identidad de gran parte de la sociedad aragonesa.**

Demostrando que el lenguaje produce lo social, los diferentes discursos, de forma especial los institucionales y los mediales, se situaron en el centro de la movilización colectiva que vivió la sociedad aragonesa a lo largo de 1992 y 1993. De hecho, una parte de la comunidad vivió aquel acontecer como una trama en la que los sujetos reconocieron determinados tópicos e isotopías y, además, asignaron a los actores sociales diferentes 'dramatis personae'. En sus inicios el acontecer autonomista se construyó a partir del discurso político; igualmente, se disolvió en esa misma socialidad discursiva. Sin embargo, sólo los usos y apropiaciones de la noticiabilidad semantizaron socialmente la autonomía plena o hicieron posible la conformidad colectiva con esa idea, de la misma forma que facilitaron el clima de opinión necesario para la moción de censura. Mediante fórmulas de interpelación o de coenunciación, los medios activaron estrategias de complicidad con las audiencias que tuvieron un efecto de sutura social, posibilitando que amplios sectores sociales se vieran y reconocieran como sujetos. Si la centralidad del discurso medial hizo posible y visible la progresión del relato (3.1.1), el predominio del espacio público mediatizado dio convencionalidad a las palabras y a los hechos convirtiéndolos en signos o símbolos capaces de activar en los interpretantes vivencias emocionales y míticas (3.2.2).

Al situarse en el centro del proceso colectivo, los discursos devinieron en el espacio social estratégico donde se produjo la vivencia social de lo social, pero también donde los sujetos pusieron en juego la percepción de su propia identidad como miembros de una comunidad (4.1) y las complejas redes sobre las que se articulaban las relaciones sociales de poder (4.2). Si se traslada a los debates sobre la hegemonía, este combate social en el interior del signo valida las tesis culturalistas de que, además de ser económicas e industriales, las condiciones de la hegemonía acaban siendo también discursivas,

simbólicas, culturales o de que lo ideológico se organiza como lenguaje y, por tanto, opera en otra topología distinta a la económica. De hecho, este uso de los discursos como dispositivos de poder por parte de las instituciones y los grupos que deseaban imponerse socialmente produciendo una determinada realidad da valor ideológico y político a la retórica de unos u otros actores (3.2), a los formatos puestos en circulación (3.2.1), a los estilos de la subcultura territorial y de los grupos sociales (4.2.1.3), al espacio público desde el que se dotó de sentido a lo real (3.1.1) o a los entrecruces con la historia y la cultura que se activaron. Por tanto, más que en la codificación o en la circulación de los mensajes, el sentido de este valor ideológico y político de los discursos descansó en la socialización de los signos.

**2. Esta pluralidad de discursos sociales derivó en una única productividad textual a partir de un contrato enunciacional marcado por lo emocional simbólico, que aceptaron los usuarios de los signos, y de un marco de integración global que le dio coherencia semántica suficiente para permitir que las diferentes propuestas textuales fueran leídas como un mismo proyecto de significación.**

A la manera de los textos sincréticos, esta productividad textual de la sociedad aragonesa incluyó lenguajes muy distintos, verbales y no verbales, e, incluso, formas no lingüísticas, como las actividades sociales. Sin embargo, la interacción comunicativa entre productores y usuarios de signos generó un protocolo de codificación y un marco de integración global que dio a los discursos y a los diferentes hipotextos la coherencia interna que necesitaban para operar como un texto e, incluso, la continuidad de marco que hizo posible un determinado tipo de lectura preferida: Igual que ese contrato enunciacional primó lo connotativo, retórico, melodramático, mítico y emocional, el marco semántico reiteró algunas isotopías, como 'calidad de vida' o 'ni más ni menos', y topic, como autonomía plena o trasvases. Tomando la coherencia como principal requisito de textualidad, las relaciones lógico causales entre la reivindicación aragonesa, la polémica audiovisual y la moción de censura excluye que se tratara de un casual encadenamiento de hechos; más bien impone la evidencia de que, si la demanda de autonomía plena abrió un proceso reivindicativo frente a la centralización política, la moción de censura culminó la respuesta de la hegemonía de lo estatal (3.1). Los principales actores sociales de este acontecer, en concreto los medios, el Gobierno de Aragón y el Partido Socialista, leyeron este proceso como un conjunto de acciones y conductas interdependientes o, en otras palabras, como un texto (3.1).

Otros dispositivos, en concreto la centralidad de lo noticiero, del espacio público mediatizado y de los entrecruces culturales ligados al imaginario comunitario, se convirtieron, también, en elementos de sincretización capaces de favorecer la convergencia de lenguajes heterogéneos en un mismo proyecto de significación. Partiendo de que los textos mediáticos se pueden considerar populares en la medida que sus significados son socialmente relevantes y circulan en el ámbito de la vida cotidiana, adquieren valor los reenvíos y entrecruces establecidos entre el relato de los medios y el mundo conversacional de los sujetos. La preeminencia de la connotación, de lo mítico ritual y de la comunicación empática sobre lo denotativo, lo informativo técnico y lo racional facilitó que el discurso institucional o mediático, ya fuera político o noticiero, acabara formando parte del espacio interpersonal de los interpretantes, en particular de la familia, el ocio y el trabajo. Ese entrecruzarse de lo público mediatizado con lo subjetivo personal facilitó, a medida que avanzó el proceso, la adhesión social necesaria para convertir la reivindicación en una alternativa a la dominación política (4.1; 4.2). Desde esa perspectiva, los elementos de la cultura popular presentes en algunos discursos y en los diálogos del acontecer con el imaginario colectivo (4.1; 4.1.1.5: 4.1.2.3) se suman a esa centralidad de lo mediático para confirmar el carácter popular de este texto. Pero, además, su profunda retórica, su espesor semántico y cultural, niega la hipótesis de que ese tipo de texto sea plano o simple y, por tanto, valida la idea de su complejidad, defendida por Fiske.

**3. La centralidad de lo masivo no supuso, pues, preeminencia de lo informativo, sino de lo espectacular y de la matriz simbólica emocional. Dado que ese tipo de codificación se convirtió en contrato enunciacional aceptado por unos y otros usuarios, los medios apoyaron en él su liderazgo social y su posición de poder, pero también la ocultación de los motivos e intereses que regían sus conductas.**

El predominio del espacio público mediatizado condicionó el tipo de socialidad producida, hasta el punto de que la rapidez o los dispositivos con que se desarrolló y disolvió la movilización autonomista se corresponde menos con la participación activa de los ciudadanos atribuida a los procesos políticos del espacio público burgués que con las estrategias y un tipo de acción social próxima a la democracia demoscópica (3.2; 4.1.2.2; 4.2.1; 4.2.2). A esa prueba de la centralidad de lo masivo se suma la evidencia de que las instituciones y los partidos aceptaron llevar su lucha alrededor de la significación al espacio mediático, a costa incluso de minusvalorar los espacios institucionales que representaban la voluntad popular (4.1.1; 4.2.1.2). Aunque las Cortes de Aragón reformaron el Estatuto de Autonomía en 1994 haciéndose eco de las manifestaciones, la competencia entre los partidos, el pulso del Gobierno Autónomo a su homólogo nacional, la propia vivencia social del acontecer se concentró en la jerarquización y selección que efectuaron los medios o en la

tematización que hicieron de cada conducta a través de sus titulares (3.2.2). Durante la reivindicación autonomista algunas entrevistas entre los líderes políticos y las grandes manifestaciones se revelaron acontecimientos mediáticos, en el sentido que Dayan y Katz han dado al término; valoración similar sugieren las quejas al Justicia o el recurso a los Tribunales por parte de la oposición en el conflicto audiovisual. Todo ello explicita hasta qué punto los principales actores de la movilización actuaron y se expresaron en función de lo medial y lo masivo (3.1.1).

El predominio de la prensa escrita en esta construcción discursiva de lo social y el liderazgo de Heraldo sobre el resto de los medios en esa tematización noticiara del acontecer insinúan la naturaleza premoderna del sistema medial aragonés (4.2.2). La pluralidad de cabeceras editoriales se revelan en esa lógica como un elemento que exacerbó la competencia en el sector, pero que no fragmentó las audiencias. De ahí que los medios hegemónicos quedaran en condiciones de generar consenso social o de ser instrumentos de reproducción cultural y productores de identidad colectiva. Si la lucha por las audiencias explica una parte de la retórica y de la espectacularización de lo real que pusieron en juego los medios, la posición de poder social e informativo de algunas empresas da sentido al hecho de que el discurso noticiero vehiculara durante la reivindicación autonómica un conjunto de valores coincidentes con el bloque social dominante, como prueba su complementariedad discursiva con el Gobierno de Aragón, y de que en el conflicto audiovisual le echaran un pulso de poder a ese mismo Ejecutivo formulándose como los únicos garantes de los intereses colectivos (4.2.3). El mismo esquematismo discursivo y la misma lógica mercantil o empresarial que contribuyó, en un caso, a conformar un bloque social alternativo a la dominación política que representaba el PSOE propició, en el otro, que este se disolviera (4.1.1.3; 4.2.1.2).

A lo largo de este proceso social lo medial entrecruzó intereses empresariales, elementos institucionales de los medios e ideologías profesionales con un discurso noticiero tan retórico que, en la necesidad de hacer creíble su relato o de ocultar la naturaleza argumentativa de sus discursos, recubrió de neutralidad informativa e institucional lo que no eran sino enunciados y acciones intencionadas y saturadas de valores. Este espesor discursivo y social hizo posible que la idea política de nación mutara en vivencia, sentimiento y cotidianidad e, incluso, que los elementos burgueses y particulares de la movilización quedaran disueltos en un *sueño* colectivo compartido por los *pobres* y los *ricos*. Pero, igual que el Gobierno Central y el PSOE no pudieron evitar el deterioro de su imagen pública durante la reivindicación autonomista, el Gobierno de Aragón o el PAR tampoco lograron librarse de una demonización que vistió de independencia editorial lo que no era más que defensa de intereses empresariales, pero que acabó generando un clima de opinión lo suficientemente escéptico

o pasivo para favorecer la moción de censura. En uno u otro caso, los medios enmascararon las lógicas mercantiles que les movían e, incluso, fueron más lejos que ninguna otra institución social en su papel de vanguardia identitaria y de protectores de los intereses colectivos (3.1.1; 4.2.1; 4.2.3).

**4. El grado de adhesión social de la reivindicación autonomista denota que, aún dentro de la democracia semiótica que permitió a los usuarios negociar el sentido de las propuestas textuales, este mestizaje de lo político, la noticia, el mito, el melodrama y el espectáculo generó un texto y una interdiscursividad que facilitó a amplios sectores sociales un tipo de lectura preferida de carácter identitario y de valor alternativo a la hegemonía de lo estatal.**

En ese libre entrecruce de soportes, medios y géneros que acabó siendo esta enunciación discursiva se impuso el predominio de lo dramático sobre lo analítico y de lo imaginativo sobre lo descriptivo. La misma interdiscursividad social acabó dominada por lo persuasivo e, incluso, lo prescriptivo a costa de sacrificar lo informativo y referencial (3; 3.2.2). El predominio de los lenguajes ideológico e imaginativo, la personalización y la conversión de las ideas en emociones, la conversión de lo simbólico emocional en un metalenguaje comunicacional que condicionó la semantización y el tipo de participación, la inserción de lo narrativo en lo argumentativo sugieren un tipo de apelación a la memoria semántica de los usuarios de una implicación personal lo suficientemente fuerte para generar procesos cognitivos en los que los sujetos percibieron la transformación de su yo cognoscitivo, afectivo y social (3.2.2). La misma fotografía soportó el peso de la prueba de lo sucedido, pero al socializar su discurso mutó esa dimensión asertiva en sentidos simbólicos y persuasivos habituales en las fotografías de pose, retóricas o categorizadoras. Ni siquiera este tipo de imagen escapó a esa retórica de las pasiones que interpela mediante la esquematización y la polarización ni al símbolo que crea una comunicación vasta, imprecisa, no literal. Además, la unidimensionalidad de las propuestas textuales, manipulación que en la polémica televisiva quedó salvada porque cada parte dio visibilidad a los intereses de los antagonistas, determinó el contexto en que las audiencias leyeron y semantizaron esos textos, favoreciendo que las ideas de autonomía plena y agua devinieron en auténtico *grial* de la sociedad aragonesa (4.1.1).

Esta forma de poner en el centro de atención de la sociedad aragonesa los problemas a los que esta debía encontrar solución para asegurar su futuro facilitó que las contradicciones políticas y sociales quedaran enmascaradas bajo algunos de los mitos que manipulan la conciencia, como el consenso social, la neutralidad institucional y la ausencia de conflictos sociales. Esta prueba de que en ese proceso de convertir una cuestión social en problema público lo real se subordinó a lo ficticio da

valor político e ideológico al uso de algunos rasgos enunciativos del mito, en concreto al gusto por la redundancia, por la conversión de los actantes en héroes, por la personalización de los símbolos en los protagonistas, por el espesor de un presente más próximo al gnómico que al actual o por un modo de acción que supeditaba lo que ha sido a lo que podría o debería ser (3.2.1). Bajo este valor ideológico del estilo, los discursos políticos y mediales ayudaron a consolar a la sociedad aragonesa *de la vida que nos falta* o a distraerla *de la vida que nos toca*. Aunque las audiencias piensen por sí mismas y tengan capacidad para escapar de las lecturas preferidas, este tipo de narratividad social explica que el apoyo a la autonomía plena se homogeneizara social y territorialmente, después de que el combate simbólico se prolongara durante meses en las instituciones y en los medios. A esa semantización ayudaron también algunos dispositivos de contextualización, como la situación política española o la crisis económica y, sobre todo, los entrecruces con ese imaginario cultural que convirtieron a los usuarios en una comunidad de interpretantes.

Tras la moción de censura, el 23 de abril de 1994, el Gobierno de Aragón, Justiciazo, los partidos políticos y los medios volvieron a impulsar una tercera manifestación autonomista en Zaragoza, pero esta apenas reunió a diez mil aragoneses la décima parte que en los dos años anteriores; cuando se produjo el cambio de gobierno, los medios y las instituciones sociales respondieron con el silencio, la pasividad o la aprobación explícita, pero siete meses después, en marzo de 1994 el setenta y ocho por cien de los aragoneses consideraba injustificada la moción de censura (3.2.1). Esta muestra de democracia semiótica revela que, al negociar el sentido de las propuestas textuales mediáticas e institucionales, aquel quedó resemantizado e, incluso, subvertido tan pronto como quebró la verosimilitud de los discursos y, dentro de ella, la credibilidad de los actantes o locutores (3.2). Por más que la interacción de connotación, mito e ideología se hubiera revelado antes como una influencia cognitiva capaz de mediar la vivencia social del acontecer colectivo, ese mismo tipo de codificación quedó inutilizado tan pronto como cambiaron las condiciones sociales de la recepción e interpretación. En este caso, el escepticismo social por efecto de las conductas mediales y políticas se impuso a la capacidad del mito o de la matriz simbólico emocional para activar las preocupaciones fundamentales del ser humano (3.2.1).

**5. En la medida que el mito, la connotación, la figuración, el relato, la noticia y la publicidad fueron usadas como mitologías que naturalizaron lo que hubo de intereses y creencias particulares en los discursos y las conductas sociales, la ideología se materializó, sobre todo, en la doble cara del signo, la que marca su enunciación y la que vehicula sus contenidos. Desde esa naturaleza semiótica, la ideología construyó sistemas de creencias y**

**facilitó apropiaciones del mundo, pero también enmascaró intenciones, naturalizó conductas o discursos cargados de valores y se convirtió en espacio de combate social.**

En sus manifiestos el Justicia ligó la autonomía plena a los derechos históricos de Aragón o a la voluntad colectiva de querer ser (4.1.1.1); el Gobierno Autónomo las asoció en su comunicación institucional con las ideas de progreso y modernización; los medios de comunicación y una parte de las élites sociales las relacionaron con la discriminación que padecía Aragón dentro del Estado; los mismos participantes en las movilizaciones la vivieron desde ese sentimiento de injusticia y de necesaria dignificación de lo aragonés. Esta prueba de que la pluralidad social aragonesa usó la autonomía plena o el agua para imaginarse un determinado funcionamiento del mundo social e, incluso, de sus relaciones sociales, confirma que esas ideas fuerza acabaron conformando ideologías que, por un lado, se situaron en el centro de la construcción discursiva de lo social y, por otro, materializaron las formas mediante las que operaron el lenguaje o las conductas sociales (3.2.1; 4.1; 4.2). De esta manera, más que seguir la determinación económica que le atribuyó el marxismo, la ideología queda ligada aquí a la reproducción simbólica de la realidad tal como viven esta los miembros de un grupo social.

Dado que la ideología se configura como una compleja constelación de ideas y temas que configura un espacio de sentido mediante procesos de asociaciones y reenvíos, el sistema de creencias articulado alrededor de la *autonomía plena* y de *trasvases no* quedó complementado con otros tópicos y macroestructuras temáticas que constituían por sí mismas un universo semántico, en concreto calidad de vida, igualdad de oportunidades y competitividad territorial. La puesta en relación de todos esos semas, o de otros como neutralidad institucional e intereses colectivos, dieron una homogeneidad conceptual a la reivindicación aragonesa y a la polémica televisiva, hasta el punto de que, de significados emergentes, devinieron en pensamiento único explicativo de lo social. En ese camino la mayoría de estas ideas se resemantizaron, obviando los componentes particulares en favor de un valor simbólico emocional de carácter comunitario. A partir del Pacto autonómico *la autonomía plena* fue dejando de ser la propuesta de un partido para convertirse en la esperanza de una colectividad y, por la misma lógica, el pulso político entre gobiernos se convirtió en un conflicto identitario de una parte de la sociedad aragonesa con el Estado centralizado. En la polémica hidráulica ese mismo enfrentamiento del Gobierno autónomo con su homólogo central dio paso a un supuesto conflicto entre la España húmeda y la seca, según los defensores del Plan Hidrológico, y a un ataque de la España desarrollada del Eje Mediterráneo contra la España interior, en opinión de quienes personificaron la posición aragonesa.

Este tipo de formulación discursiva de lo social revela que la ideología operó como constelación de significados sobre la que se construyó la coherencia del texto. Pero, sobre todo, explicita que sirvió de espacio de combate entre los actores sociales y de enmascaramiento de intenciones y valores a través del cual se compensaron algunas contradicciones sociales y comunitarias, en particular los intereses de clase y de partido. En esa construcción de lo social el periodismo confirmó su carácter de formación ideológica compleja y la noticia se dibujó como la principal práctica productiva e institución social a partir de la cual se puso en contacto lo real con el imaginario social, el es con el puede ser o debe ser. La conexión de la noticia con el mito y el espectáculo trasladó la fuerza de la prueba desde el hecho histórico al acontecer verosímil y, de esa forma, amplió los límites de lo real hasta lo fantástico, como puso de manifiesto el episodio de los veintinueve millones supuestamente malgastados por el Gobierno autónomo (3.1.1; 4.2.3) o el relato del acontecer autonomista realizado por algunos columnistas o profesionales de los medios (4.1.1.3). Como ese uso ideológico del lenguaje propició el alto componente retórico de los discursos, no sólo abundaron los factoides o la figuración; la noticia se entrecruzó tanto con el mito que abrió las puertas a un viaje metafórico en el que, de forma emocional más que lógica, los sujetos se soñaron como parte de una comunidad uniéndose, a la manera que acostumbra el pensamiento nacionalista (4.1.2), el lejano momento de su historia con el presente de la lectura.

**6. Como las ideologías necesitan de los procesos de comunicación para ser y operar socialmente, no sólo los códigos devinieron en un espacio de dominio, seducción y simulación; también los contextos, la interdiscursividad y el diálogo de los discursos con la historia y la cultura quedaron inundados por lo retórico e ideológico. Siguiendo la teoría integrativa de la comunicación, esa forma indirecta de semantizar lo real no se circunscribió a lo masivo, sino que dominó el conjunto del intercambio simbólico y, por tanto, también los reenvíos conversacionales que tuvieron como espacios sociales el barrio, el bar o la familia.**

El papel de comunicadores públicos que la sociedad reconocía al Gobierno autónomo, a los medios de comunicación y a otras élites sociales se tradujo en capacidad de estas instituciones para definir la realidad o fijar gustos y valores. El uso de esa función enculturadora llena de espesor social y económico el proceso mediante el que la autonomía, el agua y la televisión pasaron de ser temas de debate político a issues centrales de la agenda comunitaria, hasta convertirse en las grandes cuestiones que debían resolverse para asegurar el futuro de la sociedad. Esa manera de guiar la

discursividad social aparece, pues, como un dispositivo de poder que reprodujo el dominio del bloque social agrupado alrededor de la reivindicación, al mismo tiempo que debilitó o puso en dificultades a quienes, por la estructura de oportunidad política, tuvieron que ligar su discurso de izquierda política o sindical con la defensa del Pacto Autonómico o el Plan Hidrológico. Como la comunicación implica actividad continua de generación y negociación del sentido, ese combate entre clases no sólo se libró en la codificación y en la enunciación; también se trasladó a la interdiscursividad social y a los contextos. La elección como ejes semánticos de la comunicación institucional de la idea de *equipo*, sinónimo metafórico de pueblo, de *colores en alza*, metonimia identitaria que reenviaba a la bandera aragonesa, aparecen como interpelación simbólico emocional a los sujetos, pero también como una estrategia de marketing social dirigida a inducir lecturas preferidas desde fuera del discurso. En otras ocasiones, esta función de facilitar el control de los discursos sociales o de guiar la misma interdiscursividad social se encomendó a otras actividades de promoción y relaciones públicas o, incluso, al uso propagandístico de la noticiabilidad (3.2.2).

En cualquier caso, el refuerzo de la autoestima colectiva y de la cohesión social, el realineamiento político producido en las Elecciones Generales de 1993 y el alto grado de adhesión social a la autonomía plena o a la celebración de un referéndum difícilmente puede reducirse a esta univocidad manipulada de la polifonía social. Además de que el *time lag* facilitó que se logaran procesos cognitivos próximos al efecto óptimo, esa interiorización social de la promesa autonomista e hidráulica requirió que a la mediación de lo masivo se sumara la de otras esferas públicas, como el bar, la familia o los amigos del barrio y del trabajo. La socialidad semiurbana de Zaragoza dio valor a esas formas de construir lo social mediante la conversación. Como la carga ideológica de los textos y los contextos ayudaron a que los usuarios no descubrieran las verdaderas razones que movían los hilos de los acontecimientos, esos espacios personales facilitaron apropiaciones aberrantes de los textos mediáticos e institucionales, pero sobre todo mediadas por el conjunto de valores y cultura que sus miembros compartían. Las conductas sugieren que se impusieron lecturas no subversivas e, incluso, que se intensificaron las resemantizaciones de carácter identitario. El uso recurrente de diálogos con la historia y la cultura por parte de medios e instituciones facilitó que las audiencias operaran como una comunidad interpretativa, pero también que esos sedimentos depositados en los almacenes del conocimiento social emergieran en ese tipo de conversaciones.

En el acontecer político, más que en ningún otro tipo de procesos, la prensa alimenta la conversación, esta modela la opinión para que, a su vez, esta desencadene la acción. La relación de Aragón con el Estado fue puesta en juego en el ámbito de un espacio público dominado por lo

masivo (4.1; 4.2). La cooperación de medios e instituciones públicas o de estas con el entramado organizativo social se revela central para que lo aragonés ocupara espacios comunitarios tradicionalmente vedados o para que la sociedad recuperara su autoestima como comunidad. Se cumplió así la predicción de que la cuestión nacional encuentra ahora su punto de fusión en el campo de la comunicación. Sin embargo, esta vivencia identitaria del acontecer adquiere sentido en la medida que los espacios personales se vieron afectados por la hegemonía de lo patémico, simbólico mítico y espectacular que dominaba los discursos mediales sobre la reivindicación. La misma lógica que en lo mediático convirtió las cuestiones complejas en pensamiento social esquemático o los argumentos racionales en mensajes breves, emocionales y de orientación visual se trasladó a este proceso conversacional. El espectáculo y el mito se convirtieron así en una operativa que atravesó lo social, operando como pauta de lectura y construcción de lo social. La autonomía y el agua devinieron así en bálsamo de Fierabras capaz de dar respuesta al sentimiento social de ser tratados injustamente por parte del Estado y a la expectativa colectiva de calidad de vida o de igualdad de oportunidades para competir en el naciente Mercado Interior.

**7. La hegemonía del espacio público mediatizado y su prolongación en los reenvíos conversacionales condicionó la socialidad de este acontecer, hasta el punto de explicar la rapidez con que se conformó o disolvió la reivindicación, el esquematismo argumental del discurso identitario o de la alternativa aragonesa al estado centralizado e, incluso, la debilidad política e ideológica del proyecto nacionalista aragonés. Pero, esa misma lógica de lo social explica el grado de conformidad social con la autonomía plena y la fuerza emocional del sentimiento identitario y político que se generó.**

El predominio del espacio público mediatizado no sólo explica que algunos locutores interpelaran al imaginario colectivo y a la memoria semántica de los sujetos mezclando lo real y lo noticiero con lo ficcional y lo mítico o espectacular; también enuncia en qué condiciones se consumieron los signos. Lo que pudiera haber de radicalismo identitario o nacionalista en propuestas como autonomía plena o en la celebración de un referéndum quedó mutado en generalidad rutilante que favoreció el consenso social sobre la reivindicación e, incluso, propició que gran parte de la sociedad se viviera como comunidad y demonizara el centralismo estatal. Pero, esa formulación política de la reivindicación difícilmente puede equipararse con la complejidad social, política e ideológica de los procesos de construcción nacional (4.1.2.3) ni con la quiebra de la hegemonía política de lo estatal en manos de una subcultura territorial (4.2.1). La misma vaguedad e imprecisión del discurso identitario de la movilización no reenvía tanto a la debilidad del nacionalismo aragonés como a las exigencias discursivas y de comunicación que impone la masificación. Al reducir el conflicto a cuestiones

personales, el relato mítico de los medios favoreció que la sociedad viviera este acontecer al margen de sus componentes de clase y poder o, en otras palabras, que los lectores se sintieran a un tiempo individuos sociales y audiencias que participaban de un espectáculo colectivo.

En esa interdiscursividad se mitificó lo comunitario aragonés y el protagonismo del pueblo e, incluso, a quienes desde unas y otras instituciones personificaron la defensa de los intereses colectivos. Sin embargo, ni la celebridad y el éxito mediático derivaron en un liderazgo social y político de estos protagonistas capaz de soportar la polémica audiovisual, ni el canto al pueblo aragonés se tradujo en una sociedad políticamente activa como para hacer valer su voz y su conducta tras la crisis institucional abierta por la moción de censura. Tanto esos liderazgos como la propia movilización colectiva se revelaron carentes de la socialidad necesaria para prolongarse más allá de lo mediático. De hecho, la misma masificación mítica y retórica que los había construido puso las condiciones para que fueran anulados y sustituidos (4.2.1; 4.2.3). Y, si se toma como referencia los conflictos de clase latentes tras el conflicto, el relato mítico de los medios negó las diferencias vinculadas a la división social del trabajo. La polémica sobre el paro quedó formalizada por parte de los medios de comunicación como una *guerra de pancartas* y, a partir de ese momento, su valor de denuncia desde la clase se transformó en un elemento disgregador que podía poner en peligro la adhesión a la manifestación (4.1.1; 4.2.1). En cualquier caso, la mutación de lo social que se derivó de la centralidad del espacio público moderno no anula el valor político de la autonomía plena como idea nacional capaz de aglutinar a gran parte de una sociedad (4.1.2; 4.1.2.3) ni oculta los elementos nacionalistas presentes en la movilización (4.1.2.2; 4.1.2.3) o la fuerte lucha política que tuvo lugar entre gobiernos y partidos (4.2.1.1; 4.1.1.1) e, incluso, entre las distintas instituciones del bloque social dominante en Aragón (4.2.3).

Igual que en lo masivo se reconciliaron las clases, también en ese espacio se reelaboraron las diferencias sociales. Cuando tematizaron la propuesta de que el paro se sumara a la autonomía y el agua como lema de la manifestación de 1993, los medios la contextualizaron a partir de lo que tenía de intento de confusión y desinformación o, lo que es lo mismo, de peligro para la ideología de consenso social que auspiciaban las principales instituciones y organizaciones sociales. Con ese uso de la noticiabilidad, lo comunitario enmascaró algunos de los intereses de clase, entre ellos los burgueses, que latían tras la movilización. Tomando como referencia el intenso dialoguismo con la historia, la sociedad y la cultura que se puso en juego a lo largo de este acontecer (3.1.2; 4.2.1.3), tanto los entrecruces tímicos con un pasado de héroes y de hazañas como los pragmáticos con un presente de competitividad territorial o de dependencia económica contribuyeron a la exaltación de

lo colectivo y, sobre todo, a la comunión entre élites sociales y comunidad, a costa de enmascarar en un caso y otro los componentes de clase y poder (4.1; 4.2). Tras la apropiación del sentimiento social de discriminación se atisba, pues, una voluntad de reproducir la posición de dominio que ese bloque social disfrutaba. El valor del Gobierno autónomo como cliente publicitario preeminente de los medios se equipara así a su papel de supuesto agresor de los intereses empresariales de algunos de ellos cuando firmó el convenio con Antena 3 TV. Y el uso de la personalización o de otros registros enunciativos emocionales simbólicos propios de la fiesta, el espectáculo, el drama o el mito completaron ese enmascaramiento de intenciones porque, al activar un tipo de implicación tan alta de los sujetos, la cognición por vía periférica, habitual en el espacio público mediatizado, dio paso a la interpelación profunda al yo cognoscente que permite la vía central (3.1; 3.2.2).

**8. Producto de los sujetos y de una sociedad concreta que utilizó para ello una compleja ingeniería social, la identidad aparece aquí como una de las estrategias a través de las cuales los impulsores de la movilización construyeron lo social y, al mismo tiempo, como la mediación que guió la apropiación de este acontecer por parte de amplios sectores sociales. En esa racionalidad, lo identitario se alimentó de profundos entrecruces con la historia y la cultura, pero más aún de las oportunidades que ofrece la sociedad postindustrial para ese tipo de interpelación, en concreto de lo masivo y de lo festivo espectacular.**

Partiendo de los datos proporcionados por las diferentes propuestas textuales, incluidas las de los sondeos, los aragoneses se sintieron parte de una comunidad imaginada a través de sus instituciones y de algunos de los mitos que alimentan ese imaginario social (4.1.1.1; 4.1.1.2; 4.1.1.4); en cambio, otros dispositivos históricos o culturales habituales del aragonesismo político, como la foralidad o la lengua (4.1.1.1; 4.1.1.2), sólo fueron actualizados por algunos grupos minoritarios (4.1.1.3). Algunos discursos mostraron empeño por pensarse a partir del carácter milenarista de lo aragonés (4.1.1.1; 4.1.1.2), sobre todo a partir de episodios como las Alteraciones de Aragón, los Decretos de Nueva Planta y la leyenda de San Jorge; el pensamiento social, de forma especial el político, activó también otros dispositivos habituales del decir nacionalista, como la educación (4.1.1.3), el territorio (4.1.1.4) o las teofanías (4.1.1.1; 4; 4.1.1.5). Este tipo de reenvíos a la historia y a la cultura denotan la influencia que todavía mantienen en las clases dirigentes aragonesas algunas formas de pensar la identidad hegemónicas en la sociedad burguesa, como la historiografía o la antropología; de hecho, más allá de la polifonía social, la construcción de lo aragonés puesta en juego durante esta movilización renovó muchos de los dispositivos bajo los que pensaron la nación la Ilustración y el

Romanticismo o, su continuidad, el estado liberal del siglo XIX. Sin embargo, la centralidad que adquirieron la lucha por los recursos y las oportunidades o la socialidad de lo masivo sitúan esta producción y vivencia social de la identidad en el entorno cultural de las sociedades modernas.

El protagonismo político de las instituciones de autogobierno no quita valor al dato de que la identidad aragonesa se produjo, sobre todo, en la cultura de masas y, por ello, a través de los dispositivos que la caracterizan como una sociedad mestiza de lo urbano y lo rural, de lo local o regional con lo nacional y lo transnacional. Ese carácter nuclear de lo masivo explica el tipo emocional simbólico de identidad que se produjo y la importancia que en esa construcción identitaria tuvieron el discurso noticiero (4.1.1.3) y publicitario (4.1.1) o los componentes festivo espectaculares (4.1.1.5). Además de que la labor de agitación social se llevó a cabo mediante dispositivos próximos al espectáculo y la cultura de masas, la permeabilidad que los medios informativos dominantes mostraron hacia el discurso autonomista generado por algunos partidos e instituciones de autogobierno facilitó que el resto de las instituciones acabaran asumiéndolo como propio, hasta hacer de él el centro del proyecto dirigente de la sociedad. Desde la Iglesia a los Sindicatos, el tejido institucional constituyó un bloque de poder que tuvo efectos identitarios en el resto de la sociedad (4.1.1.3; 4.1.1.1). Para ello hizo falta que la capacidad de los medios para interpretar el acontecer noticioso deviniera en la producción de relatos de carácter nacional, sobre todo alrededor de la autonomía plena y del agua; ellos situaron lo aragonés en posiciones de prestigio social y en el centro del debate público (4.1.1).

La elección de un grupo de aragoneses construyendo la bandera cuatribarrada como concepto del cartel *Somos un gran equipo* (Gobierno autónomo, Día de Aragón de 1992) o la personalización de la idea de *equipo* en el Real Zaragoza de los 'Magníficos' (homenaje, 1993) prueba que la publicidad y el espectáculo deportivo de masas también contribuyeron a esa centralidad de lo masivo en la producción de identidad. La misma intención de convertir a Goya, Servet y Buñuel en símbolos comunitarios se revela expresión de la exigencia de ser identificado mundialmente que lo global plantea a cada territorio. De hecho, a la manera de las sociedades urbanas modernas, los aragoneses se imaginaron como comunidad a partir del énfasis que algunos discursos pusieron en la competitividad territorial, en la demanda de igualdad de oportunidades dentro del Estado autonómico o en la denuncia del carácter periférico y dependiente de lo aragonés. Reenvíos del marxismo y de algunas formas de liberalismo, estos motivos temáticos evidenciaron la penetración que ambas formas dominantes de pensar lo social ha adquirido en algunos sectores profesionales de Aragón; más aún, mostraron que la derecha política y económica fagocitó una parte del pensar

aragonesista de la izquierda social y política, demostrando que, a la manera apuntada por Touraine, la identidad operó como una realidad social y espesa. De hecho, el carácter cívico territorial asociado a este tipo de propuestas se entrecruzó con elementos etnonacionales, como la demonización del centralismo y de otras identidades territoriales, hasta el punto de convertir el sentimiento social de privación relativa en victimismo y en el móvil principal de la reivindicación.

**9. La movilización autonomista acabó traducéndose más en un conjunto de reclamaciones sobre inversiones y desarrollo ante el Estado centralizado que en una aspiración de construir otro estado a partir de ese sentimiento de frustración colectiva. Sin embargo, eso no desmiente el carácter político, y no sólo cultural. Sobre todo, en la medida que hizo frente al proceso de despolitización de las identidades territoriales puesto en marcha por el estado nación. Y, si se atiende al grado de homogeneización y de conformidad social con la autonomía plena o a la fuerza del realineamiento político producido, se infiere incluso que esta agitación nacionalista presentó atisbos de nation building.**

Tres meses después de iniciada la movilización aragonesa, el respaldo a una mayor autonomía alcanzaba el 83 % entre los que se sentían más aragoneses y descendía hasta el 69 % entre los que se veían más españoles (4.1.2); en marzo de 1993, tras once meses de reivindicación, el 80 % apoyaba la demanda de Autonomía Plena y el 60 estaba dispuesto a plebiscitarla participando en un referéndum (4.1.2.3). Si la movilización nacionalista activa las energías en pro de metas nacionales con el fin de reformar y renovar la comunidad o de hacer brotar las emociones colectivas hasta inspirar fervor moral, este tipo de conformidad con las ideas y discursos articulados en torno a la autonomía plena obliga a aceptar el carácter nacionalista, y no sólo identitario, de este proceso social. Siguiendo a Hroch, la identificación social con el proyecto nacional constituye el rasgo definitivo de la última fase de un proyecto de construcción nacional e, incluso, la condición inexcusable para dar valor político nacionalista, y no sólo cultural, a un proceso social de carácter identitario. La traslación de esa hipótesis a este acontecer sugiere no sólo admite una lectura de la autonomía plena, como símbolo de una actitud soberanista (4.1.2.2), en clave de construcción nacional; también permite inferir que se cumplió la fase de agitación y propaganda e, incluso, la que presupone la adhesión de los sectores populares a la idea de lo nacional. Como sólo desde el entramado de redes e interacciones que conlleva la comunicación social resulta posible una agitación política de carácter masivo, la centralidad del espacio público mediatizado y la mediación que este acabó ejerciendo sobre los espacios interpersonales del ocio, el trabajo o la familia (3.2; 3.2.2; 4.1.1) adquieren valor

político nacionalista, puesto que explican la forma en que la reivindicación devino en un movimiento de masas, la tercera y última fase de una *nation building*, según Hroch.

En su formulación política la reivindicación autonomista aragonesa perseguía la redacción de un estatuto que asegurara un autogobierno pleno. La homología de esta aspiración nacionalista con la Carta Magna de un estado democrático moderno reafirma ese supuesto carácter de *nation building*. La ambigüedad de esa plenitud autonómica no ocultó que aquellas aspiraciones soberanistas se situaban en el marco de la Constitución española, pero eso no merma el carácter de construcción nacional de este proceso: Partiendo de que los nacionalismos subestatales no buscan tanto la independencia como fórmulas de soberanía compartida y de construcción social de la propia identidad que permitan afrontar mejor la realidad política de la globalización (4.1.2.1; 4.1.2.3), este proceso autonomista aparece como una de esas movilizaciones nacionalistas gestadas en el interior de Estados democráticos y dirigidas hacia proyectos de sociedad, no a la conformación de un estado. En esa lógica la nación presupone procesos de cambio social que van más allá de los procesos de comunicación social, porque alcanzan a los vínculos sociales, económicos y psicológicos y a los modos de socialización y de comportamiento. El hecho de que la demanda de autonomía plena no diera lugar a una comunidad articulada por nuevos esquemas identitarios o movilizadora por otros valores e ideologías revela la debilidad política y social del proyecto nacionalista, pero también el esquematismo del pensamiento social producido en el espacio de lo masivo y el componente de dominación social que las élites sociales dieron a la reivindicación.

Los límites de esta movilización nacionalista o de este inconcluso proceso de construcción nacional no desmienten que esta reivindicación activó procesos de identificación colectiva, a partir de los cuales amplios sectores de la sociedad aragonesa se vieron y reconocieron como comunidad (4.1; 4.1.2). La cultura de masas estandarizó, homogeneizó y transformó la idea nacional en ideología popular y, al mismo tiempo, hizo que sus principales atributos, la bandera y el nombre de la comunidad, devinieran en símbolos nacionales y pasaran a formar parte de la vida de todos los individuos (4.1.2.3). A la manera del estado liberal en su construcción de lo nacional, la lealtad e integración en lo colectivo resultó tan necesaria para la Comunidad Autónoma que sus instituciones y la sociedad se transformaron en nación. Aprovechando las posibilidades institucionales y comunitarias que ofrecía la Presidencia de la Comunidad Autónoma, incluso el nacionalismo moderado consiguió ser identificado con la comunidad y ser visto como el único representante político capaz de representar los intereses colectivos (4.1.2.1). La homogeneización social y territorial de las conductas, creencias y valores identitarios o el cambio en el comportamiento electoral a favor

del nacionalismo aragonés moderado explicitan los efectos de una larga fase de agitación social y una asunción mítica emocional del argumentario nacionalista a través de ideas como calidad de vida o igualdad de oportunidades. Si el paso de una comunidad a nacionalidad exige la aspiración a mayor soberanía, una conciencia de diferenciación cultural o un sentimiento de desigualdad económica (4.1.2.2; 4.1.2.3), la sociedad aragonesa no cambió su carácter de cultura integrada en lo español (4.1.1.3), pero operó como nacionalidad porque persiguió el mayor grado posible de autogobierno como garantía de desarrollo e igualdad de oportunidades. La facilidad y rapidez con que se deshizo la movilización autonomista o la aceptación política y social de un Estatuto de Autonomía menos ambicioso del demandado prueba la escasa estructura organizativa de la reivindicación y su debilidad como proyecto político (4.2.1), pero no cuestionan la virtualidad nacionalista de la reivindicación ni su esbozo de nation building (4.1.2.3).

**10. La ubicación de este proceso social en un marco de respeto a la Constitución no quita valor a la puesta en juego de las relaciones de poder entre lo español y lo aragonés que unos y otros participantes llevaron a cabo. Bajo la reivindicación de derechos o la promoción de una política territorial, el sistema aragonés de poder buscó mejorar su posición en el conjunto del Estado a costa, incluso, de vestirse bajo un discurso nacionalista que sobrepasaba su ideario y sus aspiraciones. Lo español respondió a ese pulso de poder esgrimiendo la hegemonía de la centralización política y la fuerza de lo estatal. Por ese camino un conflicto entre gobiernos terminó formulándose como un conflicto de Aragón con el Estado.**

La polifonía social obliga a no descartar vivencias apoyadas en la nostalgia y en la aspiración de un estado o en algún tipo de diferencialismo excluyente, como prueban el vía crucis del Rolde Joven en la manifestación de 1993 (4.1.1.1; 4.2) o la reacción de algunos medios en las polémicas sobre el botijo y la televisión (4.2.1; 4.2.3). La demonización de identidades territoriales, como la catalana y la madrileña, o del centralismo político y de quienes lo personificaban en aquel conflicto, de forma especial el Gobierno Central y el PSOE, sugieren también atisbos de un exclusivismo identitario en el que los medios llegaron a ir más lejos incluso que los partidos (4.1.2.1). Aún así, las propuestas textuales dominantes dialogaron con un imaginario comunitario que asume el modelo de identidades compartidas y quedaron lejos de aspirar a convertirse en estado (4.1.2). La mayor parte de la sociedad que se identificó con la reivindicación vivió lo aragonés como complementario a lo español (4.1.2.1), aunque la exacerbación del sentimiento de privación relativa produjera en algunos sectores sociales conductas próximas a lo etnonacional y el deseo de subvertir lo estatal. Sobre todo, porque

llegó a ponerse en cuestión la racionalidad organizativa de la Constitución (4.2.1). Esa apuesta nacionalista se benefició del efecto *mimético* de lo catalán o lo vasco y, en general, del debate político interestatal. Pero, sobre todo, emergió y creció a partir de la ostentación de fuerza e intransigencia que realizó el Gobierno Central y una parte de las élites españolistas de Madrid.

A lo largo de esta movilización lo español se formuló como discurso de poder a través de los mismos dispositivos que, dentro de la modernización de lo estatal, le han permitido configurarse como ideología hegemónica durante los últimos siglos y, de forma especial, a partir del siglo XIX (4.2.1.1; 4.2.1.2). A la capacidad de decisión que mostraron finalmente las instituciones del Estado democrático y a la apropiación del Estado por parte del PSOE y de quienes gobernaban España se sumó el respaldo que dieron al discurso gubernamental los principales medios informativos de ámbito estatal, la asociación de la posición del Gobierno Central con el progreso y la solidaridad territorial que implantaron las clases dirigentes madrileñas o el uso de algunas de las estrategias que regionalizaron lo aragonés como español. Aceptando que en 1992 la sociedad aragonesa no se sentía una nación sin estado y que se situaba más bien en la resistencia cultural, se infiere que este proceso social apenas modificó algunos aspectos de la dominación asociada al Estado centralizado español. De forma especial, porque el conflicto institucional quedó resuelto con el cambio de gobierno en Aragón y porque los cambios en el ordenamiento jurídico colectivo incluidos en la propuesta más soberanista del Estatuto de Autonomía quedó reconvertida en un texto tan asumible que pasó a funcionar como modelo para las Comunidades Autónomas de vía lenta (4.2.1.1). La misma quiebra del relato autonomista o la fácil disolución de su argumentario ideológico y cultural corroboran que ese desorden semántico, esa transgresión a la hegemonía fue tan coyuntural como fugaz (4.2.1.2).

Aunque al reivindicar mayor autogobierno la demanda aragonesa se ubicó en el terreno político e institucional, ese pulso de poder no se redujo a que la oposición a los trasvases logró que se parara la tramitación del Plan Hidrológico o a la evidencia de que las demandas de autonomía plena y de tercer canal de televisión no se tradujeron, en el primer caso, en el Estatuto soberanista inicialmente pedido y, en el segundo, en una televisión autonómica propia. Como conflicto generado en el interior del estado nación, este hacer frente a la hegemonía de lo español estatal adquiere valor en la medida que revalorizó lo aragonés en algunos de los espacios públicos desde los que se ha formulado y construido lo estatal español, llegando incluso a poner a la defensiva a quienes personificaban esa dominación política y social (4.2.1). El grado de identificación social con las instituciones de autogobierno explicitó que estas lograron una alta legitimación social y, dado su carácter representativo de la soberanía aragonesa, expresó la recuperación política de lo aragonés;

por otro lado, el hecho de que el PSOE asumiera el objetivo de autonomía plena como forma de dar credibilidad social al proyecto político salido de la moción de censura corrobora que la movilización identitaria obligó a la hegemonía política a cambiar sus posiciones y estrategias (4.1.2.1). La primacía que los medios aragoneses concedieron a su lado empresarial revela las dificultades de una economía débil, dependiente y abierta para impulsar un proyecto soberanista e, incluso, de construcción social de su identidad. Pero esa realidad no desmiente que ese grado de conexión entre algunas instituciones aragonesas y una parte de la sociedad generó una energía social que dio cohesión y fuerza a la comunidad, hasta el punto de poner en cuestión aspectos básicos de la racionalidad estatal.

**11. Al llenar de menosprecio, y por tanto de rechazo, la subordinación política, económica y social de lo aragonés a lo español atribuida al *centralismo* o al propiciar que Zaragoza fuera vivida de forma mayoritaria como capital de Aragón, se infiere que, bajo la producción de significación y la construcción del asentimiento social, las luchas por el poder se multiplicaron en el interior de lo mestizo. Igual que la dominación estatal esgrimió la modernidad de lo urbano como forma de deslegitimar la movilización aragonesa, las élites zaragozanas se aprovecharon de la aragonesización de la vida social para reforzar su capacidad de presión ante el centro político estatal y su valor como clase dirigente en Aragón.**

Algunos discursos autonomistas enfatizaron la contribución de determinados mestizajes históricos a la identidad aragonesa. El mudéjar personificó ese vivirse comunitario desde lo mestizo (4.1; 4.1.1.3; 4.1.2). Sin embargo, esa asunción social de los mestizajes que han construido cultural y políticamente lo aragonés obvió o enmascaró el espesor ideológico y las relaciones de poder que laten tras el mestizaje. La localización de la demanda de autonomía plena en Zaragoza ciudad y en el espacio público mediatizado desmiente la incompatibilidad entre lo zaragozano y lo aragonés que se ha considerado efecto del cosmopolitismo de la ciudad moderna. Pero esa identificación de Zaragoza como capital política de Aragón reenvía a una retórica que eludió las contradicciones y compatibilidades de las clases y los territorios para subsumir a ambos en lo comunitario aragonés (3.2.2; 4.2.2). Y, como prueba la homogeneización social y territorial del apoyo a la autonomía plena y al referéndum (4.1; 4.1.2.1; 4.2.3), esa lógica reforzó lo zaragozano, burgués y urbano ante lo oscense y turolense o lo rural y popular. Incluso lo local y provincial, identidades usadas a veces como contrapeso de lo aragonés, se dotaron de sentido político autonomista, invirtiendo aculturaciones políticas puestas en marcha durante la construcción de lo estatal español (4.2.1.1).

Hasta el liderazgo institucional de Heraldo y Radio Zaragoza en la movilización denota que se cambió la tendencia de los medios hegemónicos en Zaragoza a promover lo estatal y a trasladar lo aragonés al costumbrismo y, en general, la lógica de la burguesía urbana aragonesa a despreciar las cosas de su tierra.

Los ejes de comunicación del Gobierno de Aragón para la festividad de San Jorge (*Somos un gran equipo*, 1992; *Colores en alza*, 1993) revelan la intención de implantar la creencia social de que lo aragonés se estaba dignificando a través de la demanda autonomista. Esa estrategia se trasladó a otros discursos sociales, donde también enfatizó que lo aragonés estaba de moda o, en todo caso, se leyó el acontecer en clave tímótica: Heraldo (*Así somos*, Suplemento de San Jorge, 23.4.1993) se apropió ese intento de construir una imagen social de dignificación de lo aragonés; los diarios zaragozanos recogieron con espíritu de agravio o de autoestima el tratamiento que sus homólogos madrileños u otras instituciones del Estado daban a aquel acontecer aragonés. La presencia de manifestantes vestidos de baturro y reclamando justicia en aragonés o la identificación de oyentes con el botijo denostado por F. González sugieren que esa discursivización de la autoestima afectó a las actitudes y a los valores de algunos sectores sociales. La centralidad del espacio público mediatizado se revela así expresión e instrumento de esa recuperación política de lo aragonés dominado e, incluso, de una cierta nacionalización de la sociedad aragonesa como pueblo; en contraposición, la crispación existente en la política española y la crisis del proyecto felipista posibilitó el desprestigio de la identidad unitaria española y hasta un cierto sentimiento de debilidad en lo español. Aún así la reformulación de la relación secular entre lo aragonés y lo español permitió que la clase dirigente aragonesa intentara afirmarse ante su homóloga política y medial de Madrid, pero manteniendo su convicción de que no les convenía situarse fuera de lo estatal.

Como socialidad mestiza de lo burgués con lo popular, de lo nacional con lo local y lo transnacional, la masificación no sólo subvirtió algunas de las conductas y roles institucionales que han subsumido lo aragonés en lo español, después de aculturarlo, quitarle sentido político y desvalorizarlo socialmente (4.2.1.1; 4.1.2.2; 4.2.1.3). También reveló el poder emergente de lo europeo y lo global, hasta el punto de cambiar algunas de las lógicas económicas y discursivas que construido durante siglos la nación moderna: Desde la perspectiva de lo transnacional, la movilización aragonesa aparece también como parte de esa puesta en cuestión del estado nación por parte de las identidades subestatales. Si el lado soberanista de la reivindicación permite situar este acontecer social dentro del ascenso del Estado regional al que alude Keating, la petición de autonomía plena y la oposición a los trasvases en términos de competitividad territorial e igualdad de oportunidades o el uso del

colonialismo interior que hicieron algunos discursos sociales sitúa ese conflicto entre lo aragonés y lo español en los códigos culturales de lo global. Otros debates y conductas, en concreto la polémica sobre la representación exterior de las Comunidades Autónomas o su labor de promoción exterior y, sobre todo, el experimento de un proyecto audiovisual ligado a un multimedia privado o la mercantilización de la información ponen en diálogo este acontecer con esos problemas que, según Habermas, ya no pueden resolverse en el marco del estado nación.

**12. El tópico construyó identidad, porque condicionó la forma en que amplios colectivos sociales, entre ellos los mismos medios de comunicación, vivieron algunos episodios del acontecer. Pero, sobre todo, lo baturro operó como espacio de combate en el que se confrontaron las hegemonías aragonesa y española e, incluso, algunos de los medios y partidos aragoneses que participaron en el bloque social impulsor de la movilización. Como expresión de esa lucha de poder, el baturrismo llegó a afirmar lo aragonés frente a lo estatal centralizado, pero mayormente reveló las aculturaciones que han regionalizado lo aragonés como español o han sometido lo popular y rural en nombre de la dominación burguesa.**

La ubicación de lo aragonés en espacios centrales de la socialidad comunitaria y la forma en que amplios sectores sociales vivieron ese proceso permitieron que, junto a la resemantización de algunos de sus atributos nucleares (4.1; 4.1.1), los tópicos generaran apropiaciones exacerbadas de la identidad aragonesa. Igual que de la apropiación autonomista de lo pilarista y del Ebro se infiere una cierta renacionalización de atributos identitarios (4.1.1.5) que habían regionalizado lo aragonés como español, el uso satírico de lo baturro por parte del Gobierno presidido por F. González y de El País expresó la inercia centralista de lo español moderno y, por tanto, actualizó la desvalorización de lo aragonés que ha producido esa lógica secular (4.2.1.2). Pero, al mismo tiempo, la afirmación como aragoneses de algunos partidos, medios y participantes en la manifestación de 1993 a partir del episodio del botijo demuestran que esta tematización noticiera y social de lo baturro en el espacio público mediatizado abrió grietas en ese proceso que en nombre de la modernización reservó el espacio político para la identidad nacional a costa de teñir a las identidades subestatales con un complejo de inferioridad y, como consecuencia de esa lógica, aculturó lo aragonés asociándolo con lo rural (4.2.1.3). Más allá de que algunos atributos asociados a lo *baturro* sean compartidos con la comicidad universal o española, las apropiaciones que se hicieron de este estereotipo a lo largo de la movilización mostraron tanto la ambivalencia semántica de este tópic como la mediación de la clase y el territorio a la hora de vivirlo de una u otra manera.

Como lo baturro reenvía a ese proceso burgués en el que la pluralidad de los pueblos devino en la nación unitaria, su sentido político se concentra en esa aculturación que hizo de lo aragonés el símbolo de lo rural español, pero que sobre todo situó esta identidad subestatal en el folklore y el espectáculo. El hecho de que el baturrismo se situara en el centro del debate político y, sobre todo, de que una parte de las audiencias se reconocieran como comunidad en esas caricaturas estereotipadas que le proponían denota que ese estereotipo renacionalizó lo aragonés y, en ese proceso, se cargó de valor político sin perder su componente festivo. En algún caso, ese tipo de apropiación identitaria alimentó los atisbos etnonacionales de la movilización hasta demonizar al *extranjero*. Visto desde lo español, esa semantización de lo baturro pudo sugerir en algún caso la ambigua simpatía que produce una cultura dominada, pero mayormente transmitió la fuerza del poder de lo estatal centralizado o, lo que es lo mismo, la lógica de dominación territorial y de clase que hizo posible la invención de España desde el pensamiento liberal (4.2.1.1; 4.2.1.3). El mismo calificativo de baturrada a la manifestación de 1992 o la etiqueta de cachirulero al nacionalismo del PAR en la moción censura renovó esa tendencia de la izquierda, aragonesa o estatal, a reservarse el progreso, la representación de la identidad en clave de modernidad, mientras asocia a la derecha, aragonesa o estatal, asociándola con el pasado, el costumbrismo y los tópicos.

Partiendo de que el estereotipo baturrista no sólo recoge la aculturación de lo aragonés por lo español, sino que incluye asimismo la desvalorización de lo popular y lo rural desde lo burgués y lo urbano, ese tipo de carnavalización de la reivindicación aragonesa presupone que el PSOE y algunos medios de ámbito estatal se apropiaron de las lógicas centralizadoras, pero al mismo tiempo se situaron en posiciones nítidamente burguesas, a costa incluso de rediseñar lo popular obrero y rural. Ese poner en diálogo el presente con un imaginario que asocia lo popular o lo rural con la simpleza del campesino, con lo perdido o superado por la ciudad se revela así estrategia de la hegemonía para afirmar su superioridad y reforzarla; en contraposición, la lectura tímida que realizaron gran parte de las clases medias aragonesas, incluidos los medios, y la mayoría de los sectores populares explica que esos textos fueran vividos como rebeldía social frente a lo estatal centralizado, aunque para ello lo comunitario tuviera que imponerse sobre las posiciones de clase que habitualmente provocan que las clases medias urbanas rechacen esa identificación de lo aragonés con lo baturro, mientras los sectores populares se viven gozosos a través del tópico. Si se pone en relación esa superación de la clase mediante el uso retórico de lo baturro con el carácter de vanguardia social que asumieron las clases medias urbanas de Zaragoza y con el carácter interclasista de la movilización, este universo simbólico baturrista aparece incluso como uno de los dispositivos de

resistencia que permitió desestabilizar las significaciones del poder y, en la medida que favoreció la adhesión social a la movilización, como una de las tácticas de los sin poder que reforzó la posición de la subcultura aragonesa.

Igual que en este caso la conversión de la cultura de masas en el espacio donde se puso en juego lo social favoreció la subversión de códigos y la construcción de lo aragonés a través de lo baturro, ese protagonismo de los medios como managers de la sociedad de masas y el déficit democrático de este tipo de sociedad demoscópica hizo posible que en la polémica televisiva algunos medios usaran lo baturro para enfrentarse al Gobierno autónomo y al partido que lo presidía. Dado que los estereotipos identitarios habían ocupado el lugar de los argumentos políticos y la matriz emocional subjetiva había sustituido a la racional objetiva, Heraldo se apropió del discurso liberal y burgués que en la masificación ha reducido lo aragonés a la comicidad rural o vulgar para deslegitimar socialmente a los impulsores del convenio televisivo (4.1.1; 4.1.2.3; 4.2.3). En esa estrategia renovaron los registros usados por el Gobierno Central o el PSOE durante la movilización, por lo que, al cambiar el contexto y la estructura de oportunidad política, lo baturro se tiñó de connotaciones despectivas que se trasladaron al aragonesismo moderado y al Gobierno autonómico: En la reivindicación la socialización de lo baturro y del baturrismo literario abrió la puerta a procesos de recuperación de lo aragonés y, también, de identificación social; en el conflicto por la televisión explicitó la quiebra del bloque social impulsor de la movilización y simbolizó el combate en el que lo mediático situó su poder por encima de las instituciones democráticas (4.2.1.3).

**13. Más allá del componente político e institucional de este proceso social, la fiesta y el espectáculo mediaron lo social hasta atravesarlo y posibilitar que la subcultura territorial hiciera de esos espacios culturales y de sus dispositivos estrategias centrales de construcción de lo social. Además de que facilitaron la resemantización de los discursos sociales en clave autonomista, lo festivo y espectacular favorecieron que, con independencia de los contenidos textuales, la función extática contribuyera al proceso de cambio social, poniendo en valor la capacidad subversiva de la risa y otros aspectos míticos de la cultura popular.**

En 1992 el bandeo de campanas, tradición arraigada en la realidad aragonesa, revaloriza la contribución de la religión a la reivindicación (4.2.1.1); en 1993, las referencias al agua y al territorio recuerdan las fiestas de primavera, importantes para los pueblos agrícolas; en uno y otro caso, la proximidad temporal con la Semana Santa acerca las manifestaciones a *la risa pascual* que celebra la

muerte de lo viejo y el renacimiento de la vida en el entorno de la cultura popular y que ha sido cristianizada como la fiesta de resurrección (4.2.1.3). Este tipo de dialoguismo se suma al componente de fiesta baturra que algunos medios o los mismos participantes dieron a esas manifestaciones, en unos casos enfatizando el componente carnavalesco de los actos y en los otros multiplicando la presencia de elementos folklóricos aragoneses, desde el tambor a la jota o el Pilar. La elección de San Jorge para simbolizar la reivindicación aragonesa llevó implícita la activación de lo festivo: Era el día de Aragón y el Gobierno autónomo formuló ambos actos como unas fiestas integradoras. Si se atiende al recorrido fijado por la Mesa de Partidos o a la homología de oferta y petición que cabe atribuir a los participantes en ambos actos, la manifestación de 1993 reenvía incluso a la Ofrenda de flores a la Virgen del Pilar, la fiesta que, aunando lo social y lo religioso, simboliza lo baturro (4.1.1.5).

Esta opción por la calle y la manifestación denota la táctica de combatir a la hegemonía de lo estatal centralizado en espacios ajenos a su lógica de dominación y mediante dispositivos distintos de los políticos e institucionales que aseguraban la continuidad de ese poder. La fiesta devino así en el discurso ideológico de la reivindicación y en uno de los espacios donde se libró el combate político: Mientras en las Cortes de Aragón se imponían los ritmos y el autogobierno limitado del Pacto Autonómico, en la fiesta se renacionalizó la identidad aragonesa o abrieron grietas en la dominación de lo estatal, aunque bajo su espesor se enmascararan los diversos intereses particulares que movían el acontecer. Si las movilizaciones identitarias subestatales se alimentan de las crisis de legitimidad social que viven las instituciones del estado y crecen con ellas (4.1.2.3), lo festivo aparece aquí como una táctica de los sin poder que aprovechó, por un lado, el valor *patriótico* dado por Rousseau a los juegos, costumbres y festivales públicos y, por otro, la capacidad de la fiesta para extasiar a los participantes de las frustraciones generadas por el centralismo del Estado. El mismo carácter de fiesta integradora que le otorgó el Gobierno autónomo revela ese carácter de estrategia nacionalista, en cuanto que facilitó la participación de familias y públicos poco politizados o que antes no habían estado en ninguna manifestación. Y la polémica sobre el carácter festivo o reivindicativo de la manifestación de 1993 pone de manifiesto que unos y otros actores sociales eran conscientes de que el valor político de la movilización se jugaba en ese entrecruce de fiesta popular y espectáculo de masas que eran las manifestaciones.

Con un discurso mestizado de racionalidad burguesa, espectáculo popular y mito colectivo, los medios hicieron posible la adhesión social a esta fiesta autonomista e, incluso, le dieron los componentes simbólico emocionales que necesitaba para tener un valor identitario y político. Al situarlo en la socialidad del espacio público mediatizado, lo festivo devino con frecuencia en espectáculo masivo a través del cual los públicos subculturales obtuvieron el placer necesario para

producir sentido según su experiencia social y, por tanto, pensarse a sí mismos como comunidad imaginada y dignificada ante el Estado centralizado. Pero, el hecho de que lo festivo espectacularizado cumpliera una función constructiva, y no sólo catártica, no oculta los límites que ese mestizaje discursivo puso al sentido de la participación colectiva o de la crítica al poder que suponía la risa festiva (4.1.1.5; 4.2.1.3). Quienes propusieron acudir a la manifestación de 1993 con un botijo o participaron en ese acto portando un ataúd subvirtieron la lógica hegemónica latente en la metáfora del botijo o en las acusaciones de ruralismo. Sin embargo, aunque mantuviera la rebeldía y el espíritu utópico de la cultura popular, esta risa noto la aculturación a que la ha sometido la racionalidad burguesa y su vivencia social apenas trascendió el carácter festivo espectacular del acto. Igualmente, el protagonismo del pueblo y el valor político de las instituciones públicas devino en una figuración actancial de los relatos noticieros, pero sin que lograra superar la democracia sin ciudadanos de la sociedad demoscópica. El mismo valor de lo medial como vanguardia social quedó mediado por el componente comercial que exige la industria del entretenimiento, hasta el punto de que la demonización del centralismo estatal se confundió con el combate por su mercado (3.1.2; 3.2; 4.1.1.3; 4.2.1.2). Todo ello confirma que el discurso de la reivindicación se apoyó en valores e intereses de la hegemonía social y que, por tanto, se persiguió menos la transformación nacionalista de la sociedad que la legitimación colectiva de algunas preocupaciones del bloque social dominante en el contexto de lo nacional y lo global.

## 7. NOTAS Y BIBLIOGRAFIA

### 7.1. NOTAS

#### 7.1.1. Capítulo 2

(1) El significado textual es la función principal a cuya formación queda subordinado el lingüístico; mirar distinción entre significado de lengua y designación textual (Nuñez, 1993: 15)

(2) Las definiciones sobre objeto de análisis, métodos, metodología y marco teórico se toman de *El cambio cualitativo* (Jensen, 1993). Para analizar las relaciones entre métodos y objetivos en la investigación comunicacional, Wolf (1991 y 1994) detalla esa dependencia en la Comunicación Research y Jensen/Jankowski (1993) analizan también "la teoría para la acción" en los estudios culturales

(3) Bal, Mieke, "La focalización" en *Teoría de la narrativa*. Madrid, Cátedra, 1985. Pgs 107-123. Citado por Marina Segarra García en "La mirada, el espacio y el tiempo" de *¿Qué miras?*, Valencia, 1991: 121. Para la participación del yo histórico y social en la percepción de las formas, se toma como referencia el texto de Arnau Puig (1979).

(4) Tesis defendida por Levi Strauss (1964: 194) en su artículo "Criteres Scientifiques dans les disciplines sociales y humaines", en la revista *Aletheia*, nº 4, que cita Ipola (1975) en su análisis de *Antropología estructural*. (1970), donde también aparece esta cuestión como parte del debate sobre el análisis de los procesos o de las estructuras.

(5) La literatura sobre la capacidad analítica del marxismo en relación con aspectos, como las relaciones de poder o la ideología, es muy abundante. Entre las clásicas, Bottomore (1976: 93) y Martín Jay (1974)...

(6) Reflexión de Levi Strauss en *El Pensamiento salvaje*, de la que se hace eco Bottomore (Ibidem): 95). También Greimas en *Semántica estructural*. (1971).

(7) Saperas recuerda como nació en los años treinta para racionalizar el sistema social y dar argumentos al Welfare State para administrar el complejo sistema social de EEUU. H. Schiller ha denunciado esas interrelaciones de forma reiterada. Luego se ha convertido en tópico de la más reciente investigación sobre los mass (Mattelart, Wolf, Eco...).

(8) Además de los autores que, como Schmidt o Van Dijk, han formulado la Teoría del texto, otros autores han reflexionado sobre su aplicación a los diferentes campos de la realidad social y la cultura. Entre ellos, Kristeva ha denominado translingüística a ese código secundario que debería explicar la literatura y la cultura. Jensen, por su parte, ha enfatizado las posibilidades de la semiótica social.

(9) Enric Marín (1978: 107) recuerda, citando el enfoque de Foucault en *Microfísica del poder*. que el poder no debe entenderse en términos de derecho, sino social. En otro momento, a partir de los puntos de vista de P. Clastres, enfatiza la relación que se establece entre lenguaje y liderazgo. Esta visión coincide con el análisis antropológico de Levi Strauss y enfoques posteriores de la semiótica o la teoría del texto, que han visto la cultura como espacio estratégico de poder y como hecho discursivo. En este sentido, tras la obsesión por analizar la estructura desde dentro del sistema, se ha trasladado el centro de atención a la resignificación de las audiencias desde los contextos y los espacios individuales.

(10) No sólo la epistemología materialista enfatiza el carácter histórico de la investigación científica. Otras posiciones idealistas admiten que cualquier producción de conocimiento opera y forma parte de

una realidad histórica y social. Con todo, no han faltado quienes han admitido un cierto margen de autonomía estructural en la práctica científica respecto a sus condiciones materiales de producción.

(11) Aunque las aspiraciones de formalización de esta investigación no alcanzan en ningún caso las que propugna Castells como requisito de cientificidad, por motivos operativos se acepta su visión de campo teórico como "un conjunto estructurado, relativo a un dominio particular, que comprende elementos (conceptos o categorías clasificatorias), relaciones entre estos elementos (proposiciones), relaciones entre relaciones (leyes) y reglas operatorias" (Castells-Ipola, 1975: 41).

(12) Mientras Datar (1992) señala cuatro paradigmas de la comunicación, Wolf (1991) analiza el tratamiento que se da al código y a la producción de sentido para dibujar fundamentalmente tres, el informacional cibernético, el informacional semiótico y el semiótico textual.

(13) En su artículo incluido en *Metodologías de investigación cualitativas en la comunicación de masas* (Jensen/Jankowski, coords), Morley y Silver Stone recuerdan el papel de Kracauer y las afinidades entre Escuela de Frankfurt y Semiología francesa. Wolf (1991) también se refiere a este último aspecto.

(14) Al mismo tiempo que reflexiona sobre el diálogo actual de la ciencia con el pensamiento mítico, Levi Strauss valora sobre todo el testimonio de Niels Bohr, uno de los creadores de la Física cuántica. Ver la entrevista realizada en el Suplemento *Culturas* (Pgs.4-5), bajo el título "No me siento muy feliz de haber nacido en este siglo"; Edición de Diario-16 correspondiente al 10.2.96.

(15) Bárker recuerda la limitación del signo saussuriano y lo contrapone a la visión más social de Volosinov (Baker-Beezer, 1994:118). También Kristeva (1978:118) enfatiza la importancia del diálogo entre textos o los textos como entrecruce de otros textos, a partir de la visión de Bajtin. Ver, también, dentro de los estudios culturales el enfoque de Van Dijk (Bárker-Beezer, 1994: 21-2).

(16) Más en la línea de la teoría crítica que de los estudios culturales, Martín Barbero (1993: 70 y 220-8) analiza los reduccionismos del funcionalismo y del estructuralismo e, incluso, de una parte de la semiología, para reclamar la necesidad de mirar los media desde su espesor cultural y materialidad institucional.

(17) En concreto, aprovechando que comparten más de lo que creen y que en cierta forma sus metodologías pueden ser complementarias, se utilizan conceptos y modelos que se han afirmado mutuamente en su oposición como la Mass Communication y la Teoría Crítica.

(18) Tesis que expresa Barthes en "El relato de la historia" de *Estructuralismo y literatura* (1970). Desde la sociología, Martín Serrano (1978) también sostiene un punto similar en su análisis del referente.

(19) Los términos acontecimiento y acontecer se entienden, como hace T. Velázquez (1993), en su acepción de realidad noticiada en el primer caso y de realidad social vivida, además de construida desde los demás discursos sociales, en el segundo. No debe confundirse con la acepción que la historia o la antropología, entre ellos Levi Strauss, dan al término acontecimiento.

(20) Frente al optimismo epistemológico de los historiadores y en apoyo de su apuesta por los modelos invariantes, Levi Strauss cuestionó el valor hermenéutico de la noción histórica de acontecimiento y defendió la de estructura. De ahí, deriva su visión de la Etnología como ciencia de las condiciones, estructuras inconscientes; y la historia como ciencia de las expresiones de la vida social, del devenir. ver Castells e Ipola (1975: 79).

(21) Aunque el proceso histórico tiene por referente todo lo que sucede y afecta a la sociedad, sólo una parte reducida de lo que sucede circula en los sistemas de comunicación social, más aún en los mediales. Wolf (1991) ha recordado el complejo background que incide en el proceso de selección y codificación de lo real en la comunicación de masas.

(22) De manera tan tajante como la expresa Durkheim (1976: 310 y 36/9) o con diversas matizaciones, el principio sociológico de que lo social existe de forma propia e independiente de la realidad individual se convierte en principio epistemológico de cualquier investigación sobre la realidad social.

(23) Sobre los niveles de duración de Braudel, se toma en cuenta su propuesta de que en el análisis de corto plazo se delinear relaciones concretas entre seres humanos y grupos o actos inmediatos; en el medio plazo, cambios más lentos, pero no tanto que no sean perceptibles o aparezcan inmutables y naturales a los ojos del sujeto histórico. Ver E. Marín (1978: 79).

(24) Punto de vista de Benedic Anderson que recoge Schudson (Jensen y Jankowski: 1993: 226-7), aunque puede completarse con lo apuntado por Martín Barbero (1993) respecto al cine en Hispanoamérica, o por Gramsci respecto a la literatura y al relato popular (1975).

(25) Definición de campo teórico que hace Castells (1975: 41): "conjunto estructurado, relativo a un dominio particular, que comprende elementos (conceptos o categorías clasificadoras), relaciones entre estos elementos (proposiciones), relaciones entre relaciones (leyes) y reglas operatorias".

(26) Wolf (1991: 150) pone de manifiesto el carácter secundario que, en seguimiento de las pautas de la *mass communication*, los estudios de investigación comunicacional han concedido a las comunicaciones interpersonales, sobre todo por la creencia de que en la sociedad de masas los *media* pueden con todo.

(27) En varios de los Peter Larsen (Jensen/Jankowski: 1993:153) lo analiza con detalle en su *Análisis textual del contenido de ficción de los medios de comunicación*.

(28) Al analizar las diferencias entre investigación crítica y administrativa, Wolf (1991: 104) recoge algunos fragmentos de las confesiones que Adorno (1971) realizó sobre su fracasada experiencia en la Communication Research en el artículo "Experiencia científica de un estudioso europeo", *Comunidad*, nº 165.

(29) La literatura científica abunda en prejuicios ideológicos y de a priori epistemológicos que, en general, han servido para crear polémicas desde posiciones antagónicas e imponer diversas dicotomías, como empirismo/ formalismo o análisis descriptivos/constructivos. La polémica entre Thompson y Althusser o determinados debates de la izquierda demuestran como estas posiciones están teñidas de prejuicios políticos.

(30) K.B. Jensen (1993) pone incluso como primer atributo de identidad de los análisis cualitativos la visión de la realidad desde el lenguaje. También considera decisivas las aportaciones de las disciplinas humanísticas a la investigación de masas, tanto en métodos como en teorías.

(31) Saussure explica lo real lingüístico desde las relaciones que los signos establecen como parte de un sistema y esta visión ha dominado el sistema educativo europeo y español de los últimos treinta años, lo que ha contribuido al predominio de los enfoques formalistas e inmanentes en la investigación lingüística y humanística, aunque tampoco debe despreciarse la contribución de Levi Strauss en el campo de la antropología y la etnología. En la última década se ha recuperado una visión más integral de lo lingüístico o literario, activando perspectivas ceñidas a lo cotidiano y a la función social de los lenguajes, como Volosinov o Bajtin, aunque la abstracción sigue predominando.

(32) Ver los artículos de J. Baxendale y Beverly Skeggs en *Introducción a los estudios culturales* (Barker/Beezer, 1994)

(33) Mattelart analiza con reiteración este aspecto a lo largo de toda su obra, pero de manera especial en *La comunicación-mundo* (1993). Desde la defensa de enfoques integrales que defienden la Teoría Crítica y los enfoques culturales también se ha profundizado en diversos reduccionismos, algunos de ellos convertidos en tópicos de la investigación de masas (Martín Barbero, 1993; Wolf, 1991).

(34) Entre los debates vivos sobre empirismo y formalismo Jensen/Jankowski (1993) recuerdan la polémica entre Althusser y Thomson dentro de la tradición crítica, Saperas (1985) destaca en el funcionalismo la diferencia del método inductivo de Merton con el hipotético deductivo de Parsons; incluso Kristeva (1978) remite las dicotomías medievales entre realismo y conceptualismo, nominalismo y positivismo.

(35) Saperas (1985) reprocha a Parsons centrarse "en descubrir la conducta colectiva y el sistema social a través de una retórica ampulosa que a veces se disfraza de metafísica". En otro momento, atribuye esta visión a la sociedad del Estado liberal en la que se sitúa Parsons, mientras que relaciona la teoría de Merton con el Welfare State.

(36) Wolf (1991) incide en la contradicción de que la Teoría Crítica y la Communication Research compartan la victimización del receptor y la tendencia a estudiar los sistemas, mientras se afirman oponiéndose. Con todo, la crisis del Behaviorismo queda muy lejos (Barker, 1994: 107), así como las polémicas entre sociología empírica o teórica. Esta investigación carece de las dependencias que el sistema de investigación norteamericano mantuvo con el poder financiero y político, por lo que no se cuestiona el interés por lo concreto ni la necesidad de articular un grado de formalización. No se olvida la diversidad existente entre las teorías culturoológicas, sobre todo entre la línea europea o más bien francesa, de Morin, Mattelart, Moles y Baudrillard, y la norteamericana, de Mac Luhan, Bell, Hall.

(37) Cita de Castells que apoya en Galtung (1970).

(38) Así se ha asumido tanto en la definición de principios epistemológicos como en la delimitación del campo de investigación o en las reflexiones previas sobre las cuestiones metodológicas.

(39) La observación de masas, tal como la definen Kurt y Gladys Lang (1993: 240), intenta controlar la subjetividad obligando al observador a separar la información de los acontecimientos de sus propias expectativas. Morley (1993: 187) propone la autoconciencia o reflexividad, como forma de hacer frente a la inevitable parcialidad del análisis. Los métodos cualitativos recogen otros mecanismos, algunos de los cuales se utilizan en esta investigación.

(40) Anguera (1978) analiza en profundidad las diferencias entre la observación externa y la directa o participante, entre la cuantitativa y la cualitativa. Estos problemas constituyen también uno de los ejes del debate que plantean los diversos autores de los estudios incluidos en *Metodologías cualitativas de investigación de la comunicación de masas* (Jensen/Jankowski, 1993 [eds]).

(41) Tuchman (1993: 106) enumera, entre otras, los análisis cualitativos de contenido, análisis del discurso, entrevistas, observación puntual y exhaustiva desde dentro de los hechos. Kurt y Gladys Lang (1993: 236-242), por su parte, añaden la observación múltiple y la de masas. Ver (Jensen/Jankowski, 1993 [coords]).

(42) Sociología, en la concepción de Weber, es la ciencia que emprende el conocimiento interpretativo de la acción social para, a partir de ahí, llegar a una explicación causal de su curso y sus efectos".

(43) Este método se apoya en el denominado Estudio Analítico de las Estructuras Perceptivas e incorpora aspectos psicológicos y sociológicos de la cultura, lo que le permite ampliar algunos enfoques de la Communication Research como la Teoría de usos y gratificaciones. A diferencia de otros métodos cualitativos, en concreto la Observación participante, explora lo real con modelos o métodos que se aplican desde fuera. Ofrece una nueva visión de la recepción y de los procesos sociales que supone (Aufenanger/Charlton, 1991).

(44) Tal como la explican Kurt y Gladys Lang (1993), las unidades de análisis de la Observación múltiple son los acontecimientos, no los individuos, mientras que la Observación de masas necesita completar el estudio de acontecimientos con su ubicación en un contexto simbólico más general.

(45) En función de la naturaleza del campo de estudio y de los objetivos epistemológicos, se incluye tanto los enfoques etnológicos de Levi Strauss como los aplicados al análisis de las audiencias por los *Cultural Studies*.

(46) Al darse como objeto de su análisis las estructuras inconscientes que subyacen bajo los fenómenos sociales, Levi Strauss sitúa la antropología estructural "en el campo de la necesidad, lugar específico de la ciencia, acceso vedado a la historia porque analizar las expresiones conscientes, el contenido manifiesto del acontecer social (Ipola, 1975: 129).

(47) Ipola (1975) resalta las diversas homologías (estructura/necesidad; acontecimiento/contingencia) que comparten la antropología estructural de Levi Strauss y la historia humanista de Sartre, lo que no impide que posteriormente se enfrenten.

(48) Morley (1993) la define como uso de herramientas múltiples que puede darse en la fase de elaboración teórica utilizando conceptos y perspectivas de diferentes disciplinas o en el método recabando datos y analizándolos de forma distinta.

(49) Se incluyen tanto la propuesta construida por Propp (1977) tras analizar el cuento maravilloso ruso como los modelos narrativos esbozados por Bremond (1970) o Todorov (1967, 1970, 1975).

(50) La visión textual de lo real se apoya mayoritariamente en conceptos y categorías de la lingüística, la semiología y la literatura.

(51) El concepto de triangulación y su acepción se toman de Jankowski y Wester (1993).

(52) Todos estos métodos cualitativos aparecen dibujados en los diferentes estudios recogidos en Metodologías cualitativas de investigación en la comunicación de masas (Jensen y Jankowski. 1993). En algún caso, como el de la inducción analítica, Jankowski y Wester (1993) dibujan sus características teóricas y luego se explicita en la aplicación que de él hacen Kurt y Gladys Lang (1993).

(53) Esta extensión de la significación a la realidad no verbal ha conducido a un cierto imperialismo epistemológico de la semiología, como refleja su conversión en ciencia de la cultura por parte de Eco (1977), o al extremo postmoderno de reducir lo real a discurso.

(54) Los formalistas rusos constituyen una ruptura definitiva con las visiones no lingüísticas de la literatura (Jakobson, 1973; Ambrogio, 1973; Todorov, 1970), aunque luego toda la crítica y teoría literaria hayan seguido su huella, de forma preferente el estructuralismo y la semiología.

(55) Representa una tradición lingüística que se remonta al Formalismo ruso, por lo que no puede limitarse Volosinov, por más que Beezer enfatiza en este la visión discursiva y social del lenguaje por su posición frente a Saussure, ni tampoco a Tinjanov o Bajtin, como ha hecho sobre todo la semiología francesa.

(56) El análisis de Beezer (1994) se entrecruza con la aplicación que Hebdige hace de estos conceptos al estudio del significado de las subculturas, por lo que en algún momento no resulta fácil precisar qué voz valora esa posición de Barthes y sus afinidades con Althusser.

(57) En referencia a la Escuela de Tartu, Kristeva define los sistemas modelantes secundarios como "prácticas semióticas que se organizan sobre bases lingüísticas (siendo el lenguaje denotativo el sistema primario), pero que se constituyen en estructuras complementarias, secundarias, específicas" (1978: 56). Así la semiología deviene en una translingüística y el texto en una función trans-enunciativa abordable mediante categorías tomadas de la lógica, más que de la lingüística o de la comunicación.

(58) Las reglas de interacción social cobran preeminencia desde que la comunicación social se concibe como "todas las actividades mutuas entre individuos de la sociedad que poseen función de signos [...], todos los contactos sociales con intención o efecto comunicativo" (Schmidt, 1978: 48).

(59) En su opinión, si las cogniciones sociales sobre diferentes sucesos y grupos son similares, aquellas están siendo controladas por una misma ideología. En general, lee lo ideológico lejos de la perspectiva marxiana y en línea con la tradición barthiana o culturalista más reciente.

(60) Wolf (1991) recuerda que, desde su antagonismo ideológico y analítico, la *Communication research*, de forma especial la denominada Teoría hipodérmica, y la Escuela de Frankfurt coincidieron en la pasividad del receptor en la comunicación de masas.

(61) Incluso en sus momentos de mayor auge, en los años setenta y ochenta, el debate sobre los flujos informativos ha ligado al problema de las identidades culturales y políticas. Si Schillert (1983), Flichy (1980) y Hamelink (1981) ven los flujos para criticar el imperialismo cultural norteamericano, Martín Barbero (1987) mira el problema desde las identidades y Mattelart (1993) integra ambos aspectos.

(62) Aún así no faltan los intentos de fusionar semiótica y marxismo: En *Descodificando anuncios* Judith Williamson persigue comprender mejor los procesos ideológicos por los cuales, por un lado, la publicidad ayuda a vender productos y, por otro, refuerza los discursos sociales, políticos y económicos del capitalismo (Wells, 1994: 183).

(63) Apoyándose en el concepto de individuo anónimo, como producto de la sociedad masa, sostuvo que el mensaje actuaba de forma directa sobre un receptor aislado e indefenso. La explicación del *two flow* dió lugar a la teoría de los *efectos limitados* (Saperas, 1985; Wolf, 1994).

(64) Tanto la lingüística cognitiva con los mecanismos de representación de lo real como la conversacional la regulación del diálogo discursivo se apoyan en que sus principios son análogos en todos los discursos, sean verbales o no, porque remiten a la mente humana.

(65) Schmidt (1978) deja claro que el texto no es una categoría exclusivamente lingüística, sino que se define por criterios socioeconómicos.

(66) El más frecuente y conocido, homologar el proceso de comunicación a la transmisión de información (Martín Barbero, 1993: 223).

(67) La cultura se entiende como proceso y producto social, lo que descarta también posibles concepciones reduccionistas o, sencillamente, restrictivas.

(68) Cohen y Rogers (1993) destacan que el concepto chomskiano de la naturaleza humana, que se expresa sobre todo en su teoría lingüística, resulta de la combinación de una matriz romántica (capacidad distintivamente humana para la expresión creativa) y otra racionalista (existencia en la mente humana de una estructura intrínseca).

(69) Para Walzer (1993) las personas se definen, sobre todo, por su capacidad de conferir significado y valor al mundo natural y a los objetos, pero esa operación únicamente es posible mediante construcciones culturales basadas en una matriz social del individuo. Aunque de esa forma cuestiona la existencia de códigos transculturales, acepta un mínimo código común a la persona. En cambio, como Gramsci, entiende la interpretación como una elaboración coherente a partir de la diversidad de discursos, incluso contradictorios, que contiene toda cultura (Mulhall/Swift, 1996).

(70) El modelo estructuralista-funcionalista de Lasswell (Saperas, 1985; Davara, 1992; Wolf, 1991) justificó su existencia por su adaptación a las exigencias del Welfare State puesto que le permitía medir el proceso de influencia y en quién incidía. No se olvida que sus continuadores han reforzado aquel pragmatismo al servicio de la acción política de un Estado aún más planificador e intervencionista.

(71) Su antihistoricismo queda claro en *El pensamiento salvaje*, cuando fija como objetivo del análisis etnográfico estructuralista "aislar algunas constantes invariables que están detrás de la diversidad empírica de las sociedades humanas" (citado por Bottomore, 1976: 94).

(72) Jakobson (1983) se ajusta a un estructuralismo fenomenológico: parte de una vivencia singular e intencional de lo inmanente, que constituye la parte fenomenológica; luego, en la fase eidética, elabora la cualidad específica de los discursos que marca y define su naturaleza .

(73) De las acepciones del término texto (ver Mignolo, 1978: 56), se superan las que se ajustan al logocentrismo lingüístico y las que, aún incluyendo lo no verbal, menosprecian su socialización (Schmidt, 1973: 21-2). Más allá de las diferencias entre la concepción estructuralista del texto y la de la Teoría del texto, aquí se opta por una concepción cultural y semiótica (ver 3; 3.1).

(74) Beezer (1993: 130) recuerda que Kristeva entiende lo semiótico "como una fuerza pre-edípica que rompe las rígidas clasificaciones y ordenaciones del lenguaje organizado, revelando así -al mismo tiempo que socavando- su estructura".

(75) Ver Marín (1979): sobre el concepto de Marx (página 91), Foucault (108) y Clastres (115).

(76) Sin compartir la mitificación de la emisión, a la manera de la teoría hipodérmica o de la Escuela de Frankfurt, se asume que ser emisor constituye un acto de poder (Martín Serrano, 1992).

(77) Para la sociología de la forma si el perceptor no proyecta en el entorno un sentido, ese entorno no es nada (Puig, 1979); trasladado al discurso masivo, ese pensamiento devuelve el protagonismo al receptor, a la manera de lo hecho por los Estudios Culturales y otros enfoques postmodernos con las audiencias activas (Curran, Morley y Walkerdine [coords], 1998; Dayan [comp], 1997).

(78) Lang y Lang (1993: 241) recuerdan los precedentes de Mayo de 1968 y la revolución de Argelia en 1961.

(79) Martín Barbero (1993) recuerda su predominio en la investigación de masas hasta los años setenta, arguyendo exigencias científicas por lo que se apoyó en la cibernética y las matemáticas a costa de sacrificar los componentes sociales y culturales de la comunicación.

(80) Berelson veía incompatibles el análisis del contenido y el estudio de los efectos, pero los estudios culturales los consideran complementarios.

(81) Teniendo en cuenta que el término procede de los formalistas rusos, aquí se ajusta su sentido al valor ideológico que tiene el texto, sentido que ya le da Kristeva (1974).

(82) Ya se ha hablado que a la primacía económica del marxismo le ha seguido una lectura lingüística de esos conceptos, concretada sobre todo en la semiología y el análisis cultural. Pese a la diferencia, según Curran (1997: 74), esas dos tradiciones comparten una herencia intelectual, la del racionalismo.

(83) Se toma el término en su doble concepción marxista de ocultamiento teórico de relaciones materiales y concretas de vida o idealista de sistema de creencias, valores e ideas.

(84) Para Williamson los anuncios son "fragmentos del pensamiento ideológico que ya existe" (Wells, 1994: 192), porque mediante la connotación reproducen discursos ideológicos particulares.

(85) A. Blake (1994: 66) recuerda cómo se ha reformulado el análisis ideológico de los relatos a partir del análisis de James Bond.

(86) Su concepto historicista de la ideología contradice el estructuralismo marxista de Althusser. Para Adorno, lo falso no es la ideología, sino su pretensión de estar de acuerdo con la realidad (Cohn, 1974).

(87) Auténtico metalenguaje, como apunta Mignolo (1978). Frente a la ciencia, Lukács (1966) confió en el valor de la filosofía y el arte por esa coherencia interna y luego Goldman (1968, 1975) reforzó esa confianza al definir la *estructura significativa* como actualización [textual] de una determinada visión del mundo, reflejo homológico de las relaciones sociales y sus problemas.

(88) Levi Strauss profundiza en Leer, escuchar y mirar (1996) sobre las relaciones entre la ciencia y la filosofía: a diferencia de posiciones anteriores, apuesta por complementar el pensamiento científico con las aportaciones del mítico (Ver entrevista en el Suplemento *Culturas* de Diario 16, 10.2.1996: 4).

(89) Ve el arte como una respuesta sensible y concreta a la realidad social, a diferencia de la filosofía, definida como respuesta conceptual y abstracta a los problemas humanos fundamentales. En ambos casos, esa respuesta se expresa mediante una cosmovisión plasmada en una *estructura significativa*.

(90) El análisis prima los titulares mediales porque constituyen los elementos textuales más atendidos por las audiencias aragonesas. Según sondeo de opinión, el 46.1 de los lectores aragoneses de diarios se fija más en los titulares, el 10.1 en los textos, el 23 en todo y el 2 % en las fotos (Ansó, 1992).

(91) En este caso por la hegemonía del discurso españolista que, salvo determinadas excepciones, domina la investigación social sobre identidad y nacionalismo en España. También por las escasas oportunidades en que la producción académica hace del análisis del sentido una crítica social.

(92) Entre otras maneras, el formalismo si deviene en conocimiento especulativo veda lo real más que explicarlo y, con frecuencia, al trasladar lo real al dato empírico sacrifica la complejidad de lo real y la reduce; el empirismo, si se convierte en miopía del dato o se reduce el sentido a información frustra el proceso de cognoscibilidad.

(93) La inducción analítica utiliza un permanente ir y venir de lo concreto a la teoría para probar la generalización; la teoría fundada exige aplicar la hipótesis a otros fenómenos antes de generalizar.

(94) En este caso ligado a la tradición de Dilthey o Weber y a la visión estructuralista de Habermas (Aufenanger y Charlton, 1991)

(95) Entendidos como "mecanismos aprendidos, convertidos en automáticos y sentidos como evidentes, que permiten escribir y leer en una época dada en una sociedad dada"; además, oculta que instrumentos de sus intereses y los presenta al servicio de todos (Vernier, 1974:74).

(96) Cuando defienden la capacidad de la observación directa para analizar el comportamiento público en su marco natural, Kurt y Gladys Lang (1993) recuerdan las limitaciones de los diversos métodos y especifican algunos de los que padecen la etnografía, la observación múltiple o de masas.

(97) La etnografía recurre a la descripción de los procesos o a la aplicación de las estructuras sobre lo real, mientras que la teoría crítica tiende a la generalización teórica, a costa incluso de devenir en conocimiento especulativo, y al análisis de los sistemas más que de los procesos concretos.

(98) En Dialéctica de la Ilustración, Adorno y Horkheimer marcan las distancias de la Teoría Crítica con el pensamiento científico del marxismo y, al considerar la ciencia como un instrumento de dominación que opera mediante su lógica, llegan a asociarla con el fascismo y el liberalismo (Therborn, 1972).

### **7.1.2. Capítulo 3.**

(1) El 78,9 de los aragoneses creía que otras CCAA resultan más beneficiadas por parte del Gobierno Central y el 68,8, que Aragón debía tener más autonomía: el 82,2 aspiraba a igualarse a las nacionalidades históricas (Malo de Molina, 1992a).

(2) Barthes soldó la lingüística saussuriana y la concepción marxista de la ideología; luego, la idea del lenguaje como un sistema formal desconectado de los usos sociales y políticos o de la historia ha quedado superada por quienes, como los Estudios Culturales o el Círculo de Bajtin, han sostenido que lo social opera desde dentro del código.

(3) Aunque se refiere a las diferencias entre lenguaje, obra y literatura, la relación que propugna es trasladable a esta investigación si aquella tríada se convierte en lenguaje, texto y comunicación.

(4) Se toma el concepto en el valor que le da Martín Serrano (1986) de acaecer social seleccionado por los Mass para transmitirlo o comunicarlo.